

4-1

OSCAR WILDE.

(Ensayo biográfico)

Tesis para obtener el grado de maestra en letras.

Emma Sánchez Montealvo.



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

C O N T E N I D O .

	Pags.
CAPITULO I	
1. La madre. _____	1
2. El padre. _____	3
3. El hogar. _____	4
CAPITULO II	
1. Portora. _____	5
2. Trinity. _____	5
3. Oxford. _____	6
CAPITULO III	
1. Un viaje a América. _____	11
CAPITULO IV	
1. Constance Loyd. _____	17
CAPITULO V	
1. Cuentos para niños. _____	23
CAPITULO VI	
Reacción. _____	26
CAPITULO VII	
1. Lord Alfred Douglas. _____	36
CAPITULO VIII	
1. Salomé. _____	41
2. Comedias triviales para gente seria. _____	44
CAPITULO IX	
1. La débacle. _____	50
2. De Profundis. _____	53
CAPITULO X	
1. Sebastián Melmoth. _____	55

CAPÍTULO I.

LA MADRE.

La madre de Oscar Wilde fué revolucionaria. Luchó por la libertad de Irlanda a mediados del siglo pasado. Con palabras ardientes inflamaba los ánimos de sus compatriotas:

"For our right is might
In the deadly fight
We wage with the powers of avil,
And our thunder words
Are like lifted swords
To war against man or devil"....(1)

Unos veinte años antes que ella, Byron y Shelley habían mostrado ya agudo descontento. No eran irlandeses, pero aún así, las leyes de Inglaterra los asfixiaban. Querían justicia y libertad. Obedeciendo a su sentimiento, Byron había dado su vida y su fortuna por la libertad de un pueblo, aunque no el propio. Decapitado, Shelley había abandonado su patria en busca de aire menos viciado.

Juana Francesca Eglice era joven. Pertenecía a una de tantas familias de la clase media, a pesar de que su abuelo posterior podía trazar su descendencia de nada menos que de Dante Alighieri. Pero en los primeros años los árboles genealógicos no la preocupaban aún. Toda su atención se concentraba en el papel que deseaba desempeñar para salvar a su pueblo de las garras de los ingleses.

El estado de cosas no era, en realidad, de lo mejor. Ningún católico de Irlanda, a pesar de ser estos la mayoría, era admitido al Parlamento Inglés. Los impuestos sobre se-milla (corn laws) y sobre otras materias (navigation acts), eran muy elevados y la producción inglesa no bastaba para cubrir las necesidades del pueblo. Las leyes protegían primero al terrateniente; luego al fabricante. De este modo los artículos de primera necesidad estaban fuera del alcance de la mayoría. El pan mismo escaseaba.

No se sabe hasta qué grado Francesca se dio cuenta de la seriedad de la situación, lo cierto es que desdoblaba su personalidad para luchar más ampliamente. Cuando quería mostrarse abnegada y optimista se convertía en "Speranza"; entonces inundaba los periódicos con su poesía. Y cuando la muchacha deseaba aparecer todavía más enérgica, escribía en prosa mundana, firmándose siempre: Juan Fenshawe Ellis. Tanto su poesía como su prosa se publicaban regularmente en el órgano del partido nacionalista irlandés, "La Nación".

Por los años de 1844 a 1845 las cosechas se pierden en Irlanda a causa de la abundancia de lluvias. Entonces el hambre se acentúa. Millares de personas mueren de inanición y otras tantas emigran a América. En Francesca desaparece Speranza, la de los poéticos desahogos, al encontrarse con la miseria cara a cara. Hay que actuar. El aspecto de Juan se acentúa en su personalidad. Decide salir al frente y escribir más resuelto que de costumbre:

"Por fin Inglaterra nos ha prestado un buen servicio. Sus actos recientes han barrido con el último miserable pretexto para una sumisión pasiva. Oh! Ver cien mil bayonetas brillar a la luz del cielo y las barricadas enormes levantándose sobre la nobleza de nuestras calles, desoladas hoy a causa de Inglaterra... rodeando el castillo condenado fatalmente a perecer por Inglaterra. Seguid el ejemplo de nuestros jefes. Un paso audaz; un paso decisivo. Un instante para tomar aliento y luego volver al ataque. Un empuje; una carga desde el norte, el sur, el este y el oeste y la tierra es nuestra." (2)

Como consecuencia de este artículo, la misma diplomacia inglesa no pudo ejercitarse sin tener que recurrir a la fuerza. Las oficinas de "La Nación" fueron clausuradas por orden del gobierno en 1843.

Francesca tenía entonces veintidós años. Era alta, de espaldas anchas y manos gruesas. Bernard Shaw la ha clasificado como tipo giganteoide con un desarrollo acromegalia tardío, lo cual explica en parte la conducta que su hijo había de seguir. (3) Tenía el pelo lacio y los ojos negros. Su físico tenía más de Juan que de Francesca o de Speranza, a pesar de que Francesca hacía todo lo posible por ocultar esa masculinidad cargándose de encajes, perfumes, faldas exageradamente anchas y el inevitable pommo de sales. Era culta e inteligente, pero le gustaba teatralizar. La representación tenía para ella gran significado: Dramatizaba el mundo en que vivía, después de haber dramatizado su persona. Su sentimiento jamás la llevó al grado de sacrificarse por su país, dar la vida por la libertad de otro, ni aun abandonarlo. Todo lo contrario. Unos años más tarde, cuando la paz se hubo establecido en Irlanda, se casó con un intelectual. Luego aceptó el título de "Lady" con un aire de aristocracia que antes no se hubiera sospechado en ella.

Tuvo dos hijos: Guillermo y Oscar. Al nacer el último había estado segura de que sería mujer. Quería una hija y todos los preparativos estaban hechos para su llegada. Quien sabe si en el interior de Francesca perdurara el amor a lo femenino. Pero es un hecho que ella no aceptó al varón de buena gana, sino que decidió vestirlo de niña. Se conserva un retrato de Oscar a la edad de cinco años. Aparentemente es el de una muchacita de mirar dulce. Su vestido al gusto de la madre, es de terciopelo obscuro adornado con encaje. El descote deja ver todo su cuello y parte de los hombros, como si se tratara de una dama de la corte de aquel tiempo. Un listón ancho estilo militar, cruza su pecho anudándose en el hombro derecho. Sus zapatillas son de baile. Así a la edad en que la mayoría de los niños orgullosamente lucen su primer traje como el de papá, vemos a Oscar convertido en una diminuta Speranza. Al parecer el traje no incomoda al muchacho. Todo lo contrario. Parece darse cuenta de que por el momento es el centro de atracción y con aplomo posa ante la cámara vestiendo tan extraña indumentaria.

La infancia en la vida de un hombre equivale a los cimien

tos de un edificio. Constituyen la base sobre la cual se habrá de apoyar todo desarrollo en el futuro. El niño se educa primero en el hogar, y sus padres son los maestros cuyo ejemplo sigue lo más fielmente posible. Por esto la madre necesita preocuparse por el comportamiento de su hijo desde la cuna. Nunca es demasiado temprano para empezar a inculcar en el niño sanas normas de conducta.

Oscar pasó los diez primeros años de su vida al lado de su madre, quien lejos de esforzarse por dar al muchacho una educación normal, no digamos ya moral, se dedicaba a desarrollar en él cualidades femeninas. Nada la alhagaba tanto como que la gente admirara a su "niña".

EL PADRE.

Si su madre había sido extraordinaria, su padre no dejaba de tener características que lo alejaban de los demás. Desde muy joven se distinguió por sus estudios en la universidad: Siendo aún estudiante operó a un hombre con gran éxito, extrayéndole una aguja de la niña del ojo. Después de graduado fundó el "Royal Ear and Eye Hospital", el mejor de la ciudad de Dublin. Su fama como especialista de enfermedades de los ojos y del oído llegaba al extranjero. Oscar I de Suecia en 1857 le otorgó la Orden de la Estrella Polar en reconocimiento de sus méritos. -- Unos años más tarde el Virrey de Irlanda obediendo a la Corona Inglesa, tan favorecedora de la clase media, le ofrecía el título de Lord, con las siguientes palabras:

"Señor Wilde, me he propuesto conferirle el título de caballero, no tanto en reconocimiento de su valiosa labor profesional... sino más bien para evidenciar la opinión que tengo de los servicios que ha rendido usted a la Ciencia de la Estadística, especialmente en relación al censo Irlandés". (4)

Probablemente su habilidad en la Estadística --- igualaba a su habilidad como historiador. La Real Academia Irlandesa lo había condecorado con la Medalla de Cunningham por sus estudios sobre historia celta. Y en cuanto a la historia de su país, William Wilde se sentía preferentemente atraído por la literatura folklórica. Gataba gran parte de su tiempo excursionando por diversas regiones; haciendo cuidadosa recopilación de leyendas irlandesas. Frecuentemente sus hijos Guillermo y Oscar lo acompañaban. Visitaban antiguos castillos cerca de Castlereagh y en el Valle de Rutherford. Estimulados por lo que veían la imaginación de los muchachos despertaba. Las palabras del padre eran escuchadas con avidez. Muchas veces la historia y la leyenda se mezclaban armoniosamente. El padre se convertía entonces en el maestro ideal.

Pero aparte de esta educación pseudo-cultural que

el doctor daba a sus hijos, poca era la atención que les prestaba en el hogar. Los dejaba casi totalmente al cuidado de la madre. El tenía otras ocupaciones más. Otras ocupaciones que Speranza desconocía o que simulaba ignorar. Ocupaciones que sólo ocasionalmente se relacionaban con su profesión: esto, cuando sus pacientes además de padecer de los ojos o del oído eran jóvenes y del sexo femenino. Entonces el doctor con toda la amabilidad de que era capaz las colmaba de halagos y regalos hasta que conseguía su fin. Para otras mujeres había otros medios. -- Sherard, tan frío en sus juicios, escribe que Sir William Wilde, "Dejó además de sus hijos legítimos, cierto número de hijos naturales". Frank Harris empieza la biografía de Oscar Wilde describiendo el terrible escándalo que hubo en la sociedad de Dublin cuando una de las víctimas de Sir William, sólo unos meses después de que éste recibió de manos del virrey su título, presentó una demanda ante la corte de justicia. Miss Travers afirmaba que el doctor la había ultrajado estando ella cloroformizada. Harris observa también la conducta anormal de Lady Wilde. Al ser interrogada, durante el proceso, por la causa de su silencio al recibir las cartas que Miss Travers le escribiera explicándole la conducta de su esposo, contesta con aplomo: "No tenía interés en el asunto".

No se había interesado por la frecuencia con que tales molestias se sucedían en su vida matrimonial, o sencillamente había aceptado la amoralidad de su marido con naturalidad? O -- más bien había aceptado Speranza lo amoral como normal?

EL HOGAR.

En la casa de los Wilde, situada en el barrio más de moda en Dublin, reinaba la desproporción y el mal gusto, Speranza, a menudo con una corona de laureles en la cabeza y amplias faldas de orinolina roja, actuaba de anfitrión con una dignidad estudiada. Ya no era joven. Para ocultar las líneas reveladoras usaba cosméticos en abundancia. Además la mayor parte del tiempo estaban sus salones en la semi-oscuridad. En el fondo quizá Speranza deseaba sobrepasar la gloria de aquellos salones en donde brillara Ninon de Lenclos, pero sus esfuerzos sólo la llevaban a la caricatura. Escritores, artistas, críticos, revolucionarios, bohemios y charlatanes que se reunían en su casa hablaban siempre con entera libertad y algunas veces con ingenio. Por lo regular Oscar y Guillermo eran admitidos a esas reuniones. Lo que veían y escuchaban sin duda que no podía ejercer influencia benéfica en ellos. Se tomaba licor libremente. Sir William, nos dicen, "aunque nunca borracho rara vez estaba sobrio". Los doctores observaban a sus padres pero estaban lejos de poder establecer una comparación desfavorable. Todo lo contrario. Oscar se mostraba orgulloso de la vida intelectual hogareña, y en la escuela invitaba a sus compañeros a visitar su casa para presentárselos a su madre, afirmando que habían fundado una "Sociedad supresora de la virtud".

Como se puede observar la conducta en el hogar de los Wilde se salía de los márgenes de la estricta moral victoriana que dominaba el país. El ejemplo que los padres daban a sus hijos estaba muy lejos de poderse considerar como prohibido para-

que los chicos, después de esa infancia, llegaran a tener una juventud sana y fuerte.

CAPITULO II.

PORTORA.

Cuando Oscar tenía diez años de edad ingresó a la escuela por primera vez. A una de las pocas escuelas que había en Irlanda bajo la dirección de protestantes ingleses: La "Real Escuela de Portora", no dejaba de tener cierto ambiente de snobismo y probablemente debido a esto simpatizó a Oscar desde un principio.

Guillermo se había matriculado en ese mismo plantel desde hacía dos años, y al momento de llegar Oscar gozaba ya de gran popularidad. Parece que Guillermo tenía entonces verdadera facilidad para divertir a sus compañeros contándoles anécdotas graciosas. Oscar, en esos años, se tenía que añadir al grupo de observadores. De vez en cuando le hubiera gustado ocupar el lugar de su hermano, pero esto se le dificultaba debido a que tenía la mala costumbre de dar apodosos ciertos a sus compañeros. No pocas veces el tino usado le causó sinsabores. Sus profesores lo reprimían y lo aconsejaban para que siguiera el ejemplo del juicioso Guillermo, pero Oscar impávido seguía su camino -- mostrando poca inclinación por mejorar su conducta y menos inclinación aún por sus estudios. El último año sorprendió a todos, inclusive a sí mismo, ganándose la medalla de oro, "Carpen-ter Greek Testament", por su conocimiento de las lenguas clásicas.

Durante los siete años que duró en esa escuela no sufrió grandes cambios. El único acontecimiento que causó en él una fuerte impresión fué la muerte de su hermanita Isola, a la cual había tenido gran cariño. Más tarde escribió una de sus mejores poesías, "Requiescat", a su memoria:

"Tread lightly, she is near
Under the snow
Speak gently, she can hear
The daisies grow,".... (1)

TRINITY.

Fué en Trinity College en donde Oscar Wilde se distinguió definitivamente. Desde el primer año recibió un premio de diez libras esterlinas por escribir unos versos en griego, y antes de que terminara el curso, en 1873, ya le entregaban una beca de veinte libras esterlinas anuales en recompensa de su esfuerzo. Así continuó durante los dos años de su permanencia en Trinity.

Poseía Oscar una sensibilidad extraordinaria. Gustaba de leer a Baudelaire y a Swinburne mientras que sus compañeros se-

dedicaban a los deportes. No obstante, practicaba algunos aunque no de los más fuertes. El tennis y la pesca eran sus favoritos. Se conservan cartas de él, escritas a sus amigos de Trinity, en donde cuenta sus triunfos en esas actividades con el orgullo típico de un deportista. Pero cuando sus compañeros lo invitaban a jugar, digamos football, se disculpaba diciéndoles: "No me gusta dar puntapiés ni recibirlos". Y la mayor parte de su tiempo de recreo lo empleaba en la lectura. Los autores clásicos eran sus favoritos. En una de sus libretas de ejercicios se observa el gusto especial que tenía en copiar proverbios -- extraídos de dramaturgos griegos y latinos.

Probablemente el factor que más contribuyó a su desenvolvimiento mental fué la amistad y las enseñanzas del profesor Mahaffy. Mahaffy había pasado sus últimos años de estudiante en Atenas, y estaba plenamente capacitado para impartir la cátedra sobre arte griego. Su método sencillo y descripciones vividas contribuían a aumentar su popularidad entre los estudiantes. Debido al interés que Oscar mostraba en clase, Mahaffy se había visto precisado a prestarle mayor atención. El muchacho, además, poseía una sensibilidad rara y una profunda apreciación por la línea clásica. Como era de esperarse se generó entre maestro y alumno una mutua estimación. Con el tiempo -- las opiniones de Wilde sobre el arte griego fueron tan acertadas como las de Mahaffy. Por esto no sorprende saber que el -- último, al publicar su libro, "La Vida Social en Grecia desde Homero hasta Menander", mostrase su agradecimiento a Wilde por haber, "corregido e introducido mejoras a través del libro". -- (2) Esto prueba indudablemente el adelanto de Oscar. En cuanto a la moral, podemos decir que Mahaffy era un libre pensador.

OXFORD

Magdalen College se distingue por la perfección de su arquitectura gótica. Sus arcos y columnas invitan a la reflexión. En su atmósfera hay algo del espíritu de épocas pasadas, algo que el tiempo no ha podido borrar. Como en la mayor parte de las instituciones inglesas es rico en tradición, tradición que se observa con una devoción casi religiosa. Allí parece cumplirse el ideal griego de la influencia del ambiente en la educación. Se conserva a los alumnos alejados del mundo. En algunos casos, como en el de Oscar Wilde, con consecuencias graves. Según Frank Harris es de lamentarse que no haya habido grandes reformas en el plan de estudios desde hace años, y que los estudiantes al graduarse no tengan la preparación necesaria para luchar en el mundo actual.

El 14 de octubre de 1874, Oscar entró en Magdalen College, Oxford. Tenía veinte años de edad. Una beca de noventa y cinco libras esterlinas, válida por cinco años, le proporcionaría las comodidades que posiblemente su familia no hubiera podido darle. Ese primer año, ya sin sorprender a nadie, y mucho menos a sí mismo, le entregaban otra medalla de oro por su estudio titulado, "Fragments de poetas cómicos griegos, como --

aparecan en la edición de Meineke". Y sus triunfos en Oxford --superarían totalmente a los obtenidos en Trinity.

Oscar entraba en un medio nuevo para él, en extremo agradable. La tranquilidad y la elegancia del lugar despertaban en su ser ecos armoniosos. Hasta entonces había mostrado, aparte de un marcado refinamiento en sus gustos literarios, un obvio desdén a lo burdo y a lo grosero. Sus compañeros de Trinity no habían causado en él una impresión favorable. Acerca de ellos decía: "Eran peores que los muchachos de Portora; no pensaban más que en jugar, correr y brincar; variando estos ejercicios intelectuales con orgías, peleas y borracheras. Si tenían almas las divertían con los amores de meseras y mujeres de la calle" (3)

En Oxford Oscar esperaba encontrar en sus amistades -- algo de lo que el mismo ambiente prometía. Este cambio tan -- deseado obedecía a una madurez rara que el joven mostraba. Un buen observador hubiera podido analizar esta característica -- con facilidad. Su cuerpo de gigante daba también algo en que -- pensar. Siempre se movía con lentitud y por lo regular estaba en actitud de reposo, posiblemente en una actitud estudiada. -- De su madre había aprendido el valor de meditar sus movimien-- tos. El pelo, exageradamente largo, era peinado hacia atrás -- con un gesto suave de sus grandes manos alargadas. Esta lan-- guidez aparente hacía que algunos de sus amigos lo creyeran -- débil. Se equivocaban: Una vez varios de ellos pensaron darle una lección, pero fueron ellos quienes salieron lesionados. -- Pues Oscar arrojó a tres escalera abajo. Al cuarto lo llevó -- en brazos hasta su habitación en donde lo dejó debajo de un -- montón de muebles. Pero su triunfo lejos de enorgullecerlo, -- lo deprimió. Vió que también en Oxford iba a ser difícil en -- contrar la comprensión anhelada. Estaba muy lejos de imaginar se que en muy poco tiempo tendría discípulos que lo imitarían hasta en su modo de vestir.

En este tiempo dos profesores, ya de renombre, y que -- más tarde se distinguirían en la historia del pensamiento hu-- mano, retenían la atención de la juventud oxfordiana. Uno, -- Ruskin, con su idealismo delicado y sus oraciones largas y -- sonoras, era el favorito. Los alumnos que tenía eran tan nume-- rosos que se veía precisado a dar sus conferencias en el tea-- tro Sheldonian, en donde exponía sus teorías sobre arte: "Una -- falsa comprensión del principio estético es fatal para el que -- crea que el arte existe sólo por el arte, pero no necesaria-- mente para aquel que sostenga que el fin del arte es el de -- elevar la vida de la brutalidad (crudeza) a la gracia (harmo-- nía)." (4) En otro salón de Oxford, ante un público menos nu-- meroso, Pater, adornado con su famosa corbata verde, exclama-- ba: "Francamente el arte no tiene ningún otro fin que el de -- dar una magnífica sensación momentánea, y nada más." (5) Y, a -- pesar de su cuerpo diminuto y su "moustache", Pater día a día -- iba ejerciendo mayor influencia entre los estudiantes. La amis-- tad que llevara con Swinburne y Samuel Salomon aumentaba su -- popularidad. Con frecuencia sus discípulos lo visitaban en -- sus habitaciones, en donde se pasaba el tiempo de la manera --

más amena.

Oscar en un principio había sentido mayor simpatía por Ruskin. En parte por que estaba de acuerdo con las ideas del fundador del Sr. George's Guild. Por un tiempo había llegado a tal grado su inclinación que forzaba su enorme cuerpo a labrar la tierra. "Las ocupaciones sencillas, decía entonces, son las mejores. La satisfacción de cultivar una flor es incomparable", y todavía en su viaje a Estados Unidos no se le olvidaría referirse al placer infinito obtenido al trabajar en una hortaliza. Pero si le agradaba pensar que estos placeres sencillos eran los mejores, la realidad le mostraba diferente. Su naturaleza perezosa prefería mil veces la comodidad de un sillón a cualquier trabajo físico. Y nada le complacía tanto como verse rodeado de muchachos que escucharan ávidamente sus palabras. Su habilidad como "raconteur" superaba de una manera total a la que su hermano Guillermo había desplegado en Portora.

Como era de esperarse, la simpatía de Wilde a Ruskin no duró mucho tiempo. Oscar despertaba al mundo real de los sentidos, y la filosofía epicurista de Pater proporcionaba, en el momento oportuno, una satisfacción palpable. Walter Pater, verdaderamente fascinaba a cuantos lo escuchaban. Sus ideas eran un tanto atrevidas. El mismo se había quedado sorprendido ante la interpretación que sus palabras pudieran tener. Debido a lo cual, al publicarse la segunda edición de su libro, "El Renacimiento", en 1887, modificó sus conclusiones. Pero era demasiado tarde. Sus consejos de "vivir el momento" y "sólo por el momento", ya que se vive ante la continua amenaza de la muerte, habían sido aceptados por las juventudes ansiosas de vida. Y Oscar quedaba incluido en ellas. Y con la facilidad que tenía para aceptar ideas nuevas pronto se convirtió en discípulo más aprovechado de Pater, y por consiguiente en su amigo. Frank Harris nos cuenta que una vez cuando maestro y alumno estaban sentados en una banca, bajo los árboles de Oxford viendo a unos estudiantes bañarse en el río, sus "hermosas figuras llenas de gracia y virilidad"; Oscar con su conocida voz musical había empezado a hablar de como el cristianismo había dado como fruto el romanticismo, y éste, a su vez, creado por fin, una forma nueva de paganismo:

— Como resultado vamos a tener, decía Oscar entusiasmado, un arte nuevo. Un arte que reunirá las sutilezas del romanticismo con la belleza sencilla de la forma clásica. Pater, conmovido, se arrojó ante él y le besó la mano.

— No, usted no debe nunca hacer eso, le dijo Oscar, mientras lo ayudaba a levantarse.

— "Tuve que hacerlo, aunque fuera una vez, replicó Pater, y sobresaltado miró a su alrededor".

Si Harris insinuaba que la amistad entre Pater y Wilde traspasaba los límites de lo aceptable, Sherard lo niega. - Afirma que cuando él fué a Oxford en 1880, dos años después que Oscar, mientras que escuchó varias "foul aspersions" acerca de prominentes profesores, nunca oyó la más leve murmuración en contra de Pater. Esta afirmación del frío Sherard, si por un lado explica la conducta de Pater favorablemente, por el otro nos dá a conocer el ambiente que reinaba en Oxford un ambiente poco propicio para que Wilde, con sus tendencias especiales, tuviera un desarrollo sexual normal. De una manera más seria Alfred Douglas critica la educación en esa universidad: "Los profesores", nos dice, "mostraban una admiración sin límites a todo lo griego. Jamás se preocupaban por hacer ante los estudiantes una diferenciación entre la moral pagana y la cristiana que estrictamente regia en Inglaterra. Se nos enseñaba tan sólo a admirar, de una manera absoluta, a los autores clásicos, incluyendo las Eglogas de Virgilio, y como dice Byron, 'sin exceptuar aquella terrible que empieza con, Fernosum pastor Corydon.'". (6)

En esos años Oscar Wilde jamás escribió poemas a muchachas. Si las mencionaba en sus composiciones era con una marcada tendencia a un raro ideal femenino:

"She had a belt of amber beads
Around her little boyish hips",

y

"He rose and took his polished crook
She hid her face in boyish laughter". (7)

Se podría pensar que la moral pagana y admiración al arte griego junto con una apreciación sutil de la vida, encerraban las tendencias fundamentales de Oscar Wilde. Nada más alejado de la verdad. Había en él un detalle que pasaba casi inadvertido entonces, pero que más tarde se descarroilaría al grado de convertirlo en el rey de la paradoja. Posiblemente esta característica suya había tenido origen en su hogar. A la madre de Oscar le había gustado actual siempre y el hijo de carácter tan débil e impresionable, desde su más tierna edad había seguido su ejemplo. En Oxford, para gran contrariedad de sus maestros, mostraba verdadera atracción por el catolicismo.

El lujo del Vaticano y la riqueza de la iglesia católica ejercía sobre él una atracción irresistible. Le gustaba todo lo que había de teatral en esa religión, sin tomar en consideración sus dogmas. En una ocasión al emprender una excursión al continente, que de paso diremos fué de un valor cultural incomparable para Oscar, escribe a uno de sus compañeros, Kitty:

"Espero ver la cúpula dorada de la iglesia de San Pe

dro y la Ciudad Eterna para el martes. No te olvidaré en Roma, y encenderé una vela por tí en el altar de Nuestra Señora." - (8) Posiblemente Oscar se imaginara en una actitud de veneración ante la imagen de la virgen, en una actitud que sin duda él consideraba muy favorecedora a su persona. Pues más tarde, ya de regreso en Oxford, casi con el mismo aliento exclamaba: "El placer más grande que tuve al visitar Roma fué el de encontrar a los dioses griegos entronados en el Vaticano". (9).

Unos años antes de que Oscar Wilde llegara a Oxford había habido un movimiento estetista encabezado por los hermanos Rossetti. La influencia de tal movimiento se había sentido primero en la pintura; luego en la literatura. Lo caracterizaba la ansiedad de querer injertar al arte una fuerza renovadora. Ruskin, si no se identificaba con ellos, los aceptaba y defendía. Cuando llegó Oscar, ese movimiento había -- progresado, o decaído, tomando el nombre de Estetista. Mos -- traba esa corriente nuevas ansias de originalidad, al mismo tiempo que un cariño ilimitado por viejas ideas. Tenía características ya del modernismo, Oscar con la facilidad que tenía para aceptar cosas contradictorias (romanticismo y clasicismo; paganismo y catolicismo) pronto se convirtió en discípulo más ferviente del Estetismo. Con el cabello largo, -- una flor en la mano, pantalones a rayas y sacos a cuadros -- iba por los corredores de la universidad proclamando la sencillez del arte griego. Algunas veces optaba por llevar pantalones cortos de terciopelo. Esto ocurrió con mucho más frecuencia después de un baile de máscaras ofrecido por Mrs. -- George Morrell en Headington Hill Hall al cual Oscar asistió vestido de Príncipe Ruperto. Su éxito personal fué tal aquella noche que desde entonces su popularidad fué cosa hecha. -- Si en Portera había demostrado ya su humorismo refinado al dar apodosos corteros a sus compañeros, ahora ese mismo humorismo se mezclaba con un sentido crítico extraño y original. Empleaba al hablar un juego algebre de palabras que aparentemente encerraba un significado profundo pero que en realidad no era sino una demostración palpable de sus conocimientos -- de la lengua, y su habilidad para usar cada palabra ventajosamente. Sus ideas se peleaban unas con otras, pero la sonoridad de su voz y su agilidad mental lo fascinaban y fascinaban también a los demás. El traje que vestía le daba un aire artificialmente que lejos de incomodarlo gratificaba su creciente vanidad. Los snobistas, abundantes en Oxford, lo tomaban como modelo. Otros grupos de estudiantes lo estudiaban e imitaban. Algunos, sin embargo, no dejaban de ver lo ridículo de su postura, pero aún entre ellos no tenía enemigos. El fin -- de Oscar no era el de comprobar la verdad de sus ideas, sino la brillantez de ellas. De sus labios jamás salían enfáticas opiniones sobre política, como tampoco serias resoluciones a problemas sociales. Hablaba y reía.

Hasta entonces sus poemas habían sido publicados en --

diversas revistas literarias y universitarias. A pesar del - consejo de Pater aún no escribía en prosa. El día 15 de julio de 1878, "Ravens" fué editada por Thor. Shrimpton and Son, - Oxford. Dicho poema había recibido el premio anual de "New - digate" y Oscar lo había leído en el teatro Sheltonian ante - el aplauso unánime de sus compañeros y profesores. El valor li - terario de "Ravens", según muchos críticos, es mediano. Le - jos de mostrar la originalidad que frecuentemente tenía Os - car en el vestir, la composición era una copia de modelos -- académicos y una recopilación de datos recogidos en su viaje a Grecia y a Roma. Además muchas de las descripciones usadas habían sido tomadas de poemas que él había publicado con an - terioridad, especialmente de "Magdalen Walks" y de "In the - Grave of Keats". No obstante, el triunfo obtenido fué grande y Oscar, al terminar su curso en Oxford era el estudiante -- que más se había distinguido. Con el título de Profesor de - Estética y Crítico de Arte", salía al mundo en donde espera - ba obtener aún mayores triunfos.

CAPITULO III.

UN VIAJE A AMERICA.

Después de la muerte de su hija Isola y de su esposo, Speranza decidió cambiar su domicilio a Londres. Dublín once - raba demasiados recuerdos. Pero más que todo, la herencia -- que Sir William dejara a su muerte producía una renta tan pe - queña que era necesario para Lady Wilde el modificar casi -- totalmente su modo de vivir. Para esto nada más apropiado -- que una ciudad grande en donde no fuese tan conocida.

Desde hacía dos años que Guillermo trabajaba en Lon - dres como redactor de la columna social del periódico, "The - World". Durante esos dos años Guillermo había tomado cuidado especial en anunciar todos los triunfos literarios y socia - les de su hermano en Oxford. Estaba completamente convencido de que Oscar poseía mayores facultades como humorista y "ra - conteur" que él, y por lo tanto se congregaba al grupo de ad - miradores de Oscar que frecuentemente se reunía en la casa -- de Lady Wilde en Merrion Square. En la sala, "salón", según - Speranza, se recitaban siempre las últimas composiciones de - Oscar.

Al salir de Oxford, Oscar Wilde, acostumbrado a una - vida de comodidades y de triunfos fáciles, había tomado el - tren para Londres seguro de que su éxito en la ciudad sería - mayor que el obtenido en la Universidad. Sabía que su fami - lia no estaba ya en posición de ayudarlo económicamente, sin embargo, el joven se mostraba en extremo optimista. Compraba las mejores ediciones de libros para leer en el camino excla - mando con aplomo, "Prefiero el lujo a lo necesario". Armado - de tal filosofía y el título de Profesor de Estética y Crí - tico de Arte, Oscar iba a encararse con un mundo que hasta - entonces sólo había visto a distancia y de la manera más ame

na. El ganarse la vida le parecía la cosa más sencilla.

De su padre había heredado una pequeña propiedad en Irlanda. Durante los primeros meses de su estancia en Londres se vió precisado a hipotecarla. Las habitaciones que ocupaban en las calles de Salisbury distaban de ser lujosas, pero en ellas podía vivir con más libertad que en la casa de su madre. Oscar hubiera podido encontrar trabajo fácilmente como periodista debido a sus triunfos literarios en Magdalen, pero el joven Profesor de Estética no creía conveniente empezar su carrera literaria en esa forma. Así, aparte de publicar algunos artículos, se dedicaba a asistir a diversas funciones literarias y sociales. Gozaba de popularidad por su conversación -- ingeniosa y por su cortesía. El mismo círculo socialista que lo favoreciera en Oxford ahora se postraba a sus pies. Y eran numerosas las invitaciones que recibía de las mejores familias londinenses. Pero había un grupo en particular que se esforzaba en imitarlo y complacerlo. Tal grupo estaba integrado solamente por varones y gozaba de mala fama por su conducta. A -- Wilde le importaban poco los medios con tal de obtener su fin de popularidad.

Algunas veces con sus famosos pantalones cortos, sus -- enormes piernas enfundadas en medias de seda, saco de terciopelo y el inevitable girasol en la mano, concurría a las primeras representaciones en los teatros. Los elogios que dirigía a los actores eran siempre apasionados y sinceros. Y aunque no fuesen artistas, Oscar tenía la habilidad de alabar a todas las personas que le simpaticaban, y éstas eran numerosas. A Ellen Terry le decía: "O adorable cabellera! O labios carmesí!, O faz hecha para el amor y la fascinación del hombre!" En tono más moderado aunque no menos elocuente, opinaba sobre el gran actor Irving: "Las piernas de Irving son lindas; únicas. Ambas están delicadamente intelectualizadas, pero la izquierda es todo un poema." Estas opiniones de Oscar se repetían por el teatro como un eco, y muchas eran las personas que solicitaban ser presentadas a él. Y la popularidad de Oscar aumentaba, aunque sus ingresos fuesen en dirección -- contraria.

Y la popularidad de Oscar se opacaba por completo si se comparaba con la adoración que recibía la belleza del día: Lily Langtry. Lily Langtry! El nombre de Lily se repetía en todos los tonos de voz. Lily era siempre el centro de atracción. Los hombres se arrojaban ante Lily. Las mujeres imitaban su manera de vestir, y hasta sus gestos. Lily recibía el aplauso unánime de la aristocracia. Lily gozaba de más simpatía que la misma reina Victoria. La reina Victoria era la favorita de la clase media. La presencia de Lily era disputada por las mejores familias de Londres. El príncipe de Gales e innumerables jóvenes formaban constante parte de su séquito. La señora Langtry, y a su vez, favorecía el buen gusto de sus admiradores, y se convertía en una pequeña victurola. El señor Langtry, de edad avanzada, ocupaba un lugar prominente en el olvido.

Cuando Oscar conoció a Lily Langtry no dejó de impresionarse con su belleza. Por vez primera, encontraba perfección física en la mujer. Y poco a poco el antiguo ideal femenino, de cañeras angostas y sonrisa de muchacho, se modificaba. Inconscientemente se fué uniendo al grupo de jóvenes que seguían a Lily a todos lados. Oscar se enamoraba. Pero, en realidad, las emociones que sentía eran un tanto complejas. Admiraba la belleza de Lily, o a Lily por su hermosura? Se convertiría ella súbitamente en el ideal femenino hasta entonces desconocido, o sencillamente despertaba en Oscar un amor tardío al sexo opuesto? También había la probabilidad de que quisiera desempeñar el papel de galán ante un público -- tan escogido como numeroso. Cualquiera que fuese el motivo -- Oscar no descansaba en demostrar sus sentimientos a la encantadora Lily. Ahora dejaba caer el girasol de sus manos y tomaba un lirio, símbolo de su amor. Algunas noches, no pudiendo conciliar el sueño, caminaba por las calles hasta que rendido por la fatiga se sentaba en el umbral de la puerta de su bella Lily. En la mañana, la realidad, personificada por el señor Langtry, lo despertaba.

El cambio que se había operado en Oscar Wilde era notable. Por primera vez el amor al sexo opuesto era el tema de su poesía. Pero por falta de práctica, y en las prisas, -- el apóstol de la Estética algunas veces sólo cambiaba el sexo de la persona de sus poemas anteriores: En 1877 había publicado en "Kettabos", un poema titulado, "Wasted Days" que empezaba: "A fair slim boy not made for this world's pain"... (1) Ahora el fogoso joven entregaba a Lily el mismo poema con -- algunos ligeros cambios: "A Lily-girl not made for this world's pain: With brown soft hair close braided by her ears." (2) Y así con la misma fogosidad que en otros tiempos su madre había empleado al lanzarse en defensa del pueblo Irlandés, Oscar ahora iba en conquista de la persona amada. También, con igual facilidad, la olvidaría.

En la primavera de 1881, Wilde, después de algunas dudas y dificultades, publicó su primer libro de poemas titulado "Poems". Fué una edición limitada de doscientos cincuenta ejemplares. Estaba bellamente presentada en papel holandés traído a mano. La encuadernación era tan original que algunos críticos se lamentaron de que el contenido no fuese igual. Para otros críticos la poesía de Oscar no era otra cosa que una débil solución de Swinburne con agua. En América, sin embargo, el "New York Times" lo favoreció. En gran parte por que en "Ave Imperatrix", veía a Inglaterra levantarse republicana con el sol naciente. Pero el libro se vendió. Fué comprado con avidéz a pesar del precio exorbitante que se pidió, o más bien a consecuencia de esto.

Como todos los escritores jóvenes había en Oscar influencias fáciles de advertirse. De Milton había tomado el tema para su composición, "On the Massacre of the Christians in Bulgaria"; del "Puente de Suspiros" de Hood provenía el sen-

tido íntimo y delicado de "Requiescat"; "Charmides", sin duda, tomaba más de una idea del conocido, "Venus and Adonis" de Shakespeare. Se observa la diversidad de tendencias y temas que Oscar mezclaba. En "Rome Unvisited" había un fervor religioso; en "La Fuite de la Lune" y en "Magdalen Walks" un sentimentalismo especial a la naturaleza. Además de estas características e influencias, se encontraban en los poemas varios datos autobiográficos, hasta hoy poco consultados. Pero la venta del libro no resolvió el problema económico de Oscar. Día a día se hacía más y más difícil vivir sin tener un ingreso seguro.

En Londres la reacción en contra del movimiento Estetista había tomado formas escandalosas. Era atacado y ridiculizado sin compasión. Como Oscar se había convertido en la cabeza de dicho movimiento, constituía el blanco del enemigo, un blanco harto difícil de errar. Si no se le pedía que escribiera un libro sobre la coquetería de su vestir, si en cambio, se hacían innumerables caricaturas con ese tema. Pero Oscar consideraba estos ataques indignos de su atención. Además estaba demasiado ocupado saboreando la admiración de sus partidarios. A estos les sorprendía que Oscar no sólo rehusase defenderse, sino que, por el contrario, asistiese a la representación de "Patience", opereta escrita por Gilbert y Sullivan, en la cual se satirizaba a los estatistas, vistiéndolo sus pantalones cortos de terciopelo. El público, como era de esperarse, lo identificaba con Bunthorpe, el héroe de la comedia musical. Y el señor D' Oylly Carte, patrocinador de "Patience", veía en Oscar un magnífico medio de publicidad. Desde hacía tiempo estaba pensando mandar su compañía a América, sólo que desconfiaba del público americano. Temía que se tomara la representación como circo, ya que se carecía de los datos necesarios para poder comprender y satirizar el movimiento Estetista. Un buen día tuvo la grandiosa idea de mandar al apóstol al mismo tiempo que su comedia a Nueva York. Y después de consultar con sus representantes en América se decidió hacerle a Oscar Wilde una proposición. Oscar Wilde recibió un cablegrama de Estados Unidos ofreciéndole un contrato para que diera una serie de cincuenta conferencias por diversas regiones del país. Y Oscar, que necesitaba dinero y que además tomaba su título de "Profesor de estética y crítico de arte", muy en serio, contestó al cablegrama al día siguiente: "Acepto si la oferta es buena".

La oferta fué buena. Oscar se embarcó para América en diciembre de ese mismo año, 1881. Iba un poco desilusionado porque su primera comedia, "Vera", que había estado en lista para ser presentada el día 17 de ese mismo mes en el teatro Adelphi, con la Sra. Bernard Beere en el papel principal, había sido pospuesta indefinidamente. La comedia, según Boris Brasol, no valía la pena. Históricamente estaba mal, y la técnica era lamentable. Pero Wilde no era de la misma opinión y esperaba que América ofreciera una oportunidad más para presentar su comedia ante el público. Su hermano Guillermo aun

ció en la columna social del periódico "The World", que, debido al éxito del libro "Poems", Oscar había sido invitado para que expusiera sus ideas en América. "Punch", enemigo acérrimo de Wilde se concretó a decir secamente: "The production of -- Mr. Wilde's "Vera" is about nihilism; this looks as if there was nothing in it... Why did he not select the Savoy? Surely where there is a Dunkey Cart we should say a D' Oylly Carte there ought to be a chance for an os-car" (3).

Su éxito en América fué contundente. Desde un principio se convirtió en el foco de la atención pública por sus declaraciones atrevidas, su pelo largo y su extravagante vestidura. Al ser interrogado por los periodistas norteamericanos se mostró decepcionado del fácil atlántico, y les decía que no tenía otra cosa que declarar más que su genio... Como era joven, no mal parecido, soltero, y sobre todo amable y de buen trato, pronto se ganó las simpatías de las mujeres americanas. Con esto su triunfo estaba asegurado. Muchas eran las invitaciones que recibía, y damas distinguidas que decían ser amigas de Lady Wilde, se convertían en sus protectoras. Las casas que visitaba siempre estaban cubiertas de girasoles y de lirios; las mujeres por complacerlo lucían excéntricos modelos estéticos. El aprobaba toda esta demostración femenina, diciendo que desde los tiempos de Poe no había tantas bellas (bells). Siendo el favorito de las mujeres difícilmente podía cambiar ya la opinión que con ayuda de Lily se había formado de ellas. Y aunque algunas lenguas se movían maliciosamente todavía, él las tomaba con su humorismo usual y escribía a Sarah Barnhart diciéndole que encontraba a las mujeres americanas muy hermosas y a los hombres sencillos e inteligentes. Y los hombres americanos, con su seriedad y provincialismo, a su vez encontraban a Wilde un tanto raro. Les llamaba la atención, más bien les divertía infinito, que Oscar viajase con dos secretarios, un negro y un tigre. Y las pocas veces que asistían a sus conferencias era tan sólo para reírse de la peculiar indumentaria de Oscar. Y poco a poco esta opinión neg culina fué afirmándose y predominó. América, en conjunto, no podía tomar en serio a una persona que usase tan absurdos medios de publicidad en sus ansias de fama y popularidad. Los periódicos lo empezaban a atacar tan despiadadamente como en Inglaterra.

En Boston los estudiantes de Harvard una vez decidieron burlarse de Oscar. Asistieron a una de sus conferencias vistiendo pantalón corto y llevando en las manos enormes girasoles. Cuando Oscar hablaba aplaudían fuera de tiempo. Por fin el público se impacientó ante esta impropiedad y los obligó a callar. Esta vez Oscar Wilde había dejado su vestido Estético en casa y llevaba un serio traje moderno. Al terminar su exposición Oscar ofreció a los estudiantes una estatua griega para su escuela. Los estudiantes quedaron tan avergonzados que al salir habían dejado caer sus girasoles y hacían todo lo posible por alargar sus pantalones cortos.

Las conferencias de Wilde se iniciaron en Chikering Hall, situado en la Quinta Avenida, en Nueva York. Exponía temas que había estudiado en la Universidad o al salir de ella: "El Renacimiento Inglés" y "Decoración Interior". En sus conferencias no se encontraban ideas originales ni aún reflejos de su verdadero ingenio. Empezaba pidiendo al público un poco de patience para que, por primera vez, escucharan la verdad acerca del arte nuevo: "Para el poeta" decía, todos los tiempos y los lugares son uno. Hay un solo tiempo el momento artístico; una ley, la ley de la forma; un reino, el reino de la belleza, un reino separado del mundo real y sin embargo más sensual por ser más duradero". Esto, como se vé, era un interpretación Wildeana de Pater. El estilo parecía haber estado más de acuerdo con Ruskin. De vez en cuando había un ligero matiz propio, pero....

Es un hecho bien conocido que Oscar Wilde, unos días después de su llegada a América, visitó a Walt Whitman. Entonces el poeta del ego y de la democracia no era tan conocido como hoy en día. Nacido diez años después que Poe, se adelantó a su siglo. En su época no fué comprendido ni apreciado. El modernismo, completamente delineado ya por Whitman, no llegó a tener su máximo desarrollo sino hasta cuarenta y ocho años más tarde con Rubén Darío. El mismo Wilde sería tan solo un precursor. En Inglaterra Gabriel Rossetti había publicado una selección de la poesía de Walt hacía unos años, pero, fuera de su pequeño grupo, no había gustado. En los demás países no era mejor conocido. Al español no sería traducido en debida forma sino hasta hace unos meses por el vigoroso poeta español León Felipe. Al hablar con Walt, Wilde se había puesto de acuerdo con él en cuanto a la importancia del ego. La democracia, a pesar de unos cuantos poemas en favor de ella, le interesaba verdaderamente poco. Pero la belleza era cosa muy distinta. Oscar afirmaba, con énfasis, que no podía escuchar con atención a persona alguna a menos que lo atrajera por su estilo armonioso o por la belleza del tema. Walt le contestaba que el buscar la belleza como único fin era absurdo. La belleza para Whitman era un producto o resultado; jamás una abstracción.

Oscar duró un año justo en los Estados Unidos, y en conjunto su viaje fué ventajoso: Consiguió que la actriz Marie Prescott y su esposo, William Parzel, se interesaban por su comedia "Vera"; unos días antes de partir habló con ellos, en detalle, sobre la representación que tendría lugar en Nueva York el siguiente verano. Mary Anderson, otra actriz de renombre, le adelantó mil dólares para que escribiera una comedia para ella. El "envoi" que escribió en prosa para la edición americana de la poesía de Kennell Rodd, "Rose-leaf and Apple-leaf" fué un éxito. La publicidad recibida, aunque no de la mejor, no dejaba de darle notoriedad y fama, indeseables para Wilde. Y si América había rehusado tomarlo en serio, él a su vez correspondiería a los americanos del mismo --

modo. Muchos serían los chistes que contaría en Inglaterra - más tarde; acerca de la ingenuidad y provincialismo de sus primos en América.

CAPITULO IV.

CONSTANCE LOYD.

A los pocos días de estar de regreso en Londres, Oscar decidió visitar París. Se embarcó. Los parisenses que fueron a encontrarlo sufrieron una decepción. Oscar ya no vestía pantalón corto, ni llevaba flores en las manos. Y unos días después, para completar la transformación, le cortaban la cabellera, le rizaban el pelo y tal vez no de una manera permanente, le arreglaban un "coiffure" á la Neron.

Robert Harborough Sharard, bisnieto del poeta Wordsworth, lo visitó en el Hotel Voltaire, en febrero. Desde la ventana del cuarto de Wilde la vista al Sena era admirable, pero Wilde decía: "Los caballeros nunca acostumbramos asomarnos a las ventanas". En esa época Oscar estaba atareado estudiando a Balzac. Muchos de los libros que había en su cuarto eran de este autor francés, o hablaban de él. Oscar Wilde había decidido imitarlo. Tal vez entonces se originó la idea en Wilde: "la vida imita al arte y no al arte a la vida". Idea que más tarde desarrollaría con tanta maestría en uno de sus ensayos. Pues bien, como Balzac, había optado por usar una bata blanca de monje cuando escribía, y al salir a la calle nunca dividaba su bastón de marfil con cabeza de turquesas. Una prenda conservaba de su guardarropa anterior: el abrigo con solapas de piel. Pero en París, como dice Francis Winwar, sólo los cocheros usan solapas de piel. Ingenuamente Oscar se empeñaba todavía en querer llamar la atención con su apariencia. Creía que París respondería igual que América. Se equivocaba. Los parisenses estaban acostumbrados a ver poetas desfilar por las calles llevando capas color carmesí, como lo había hecho Barley de Aurevilly hacía unos años, o llevar un cangrejo atado a un listón azul, estilo Gérard de Nerval. Así Oscar, con su imitación de Balzac, se quedaba atrás en la procesión y París, indulgente, sonreía.

Pero entonces Oscar Wilde se había convertido en uno de los mejores narradores de la época. Mellanmá se expresaba de él: "Il ne causait pas; il contait. Il contait doucement, lentement, sa voix même était merveilleuse. Il savait admirablement le français, mais il feignait de chercher un peu les mots que'il voulait faire attendre". Es cierto que su método no era el favorito de los franceses, de conversación mutua y ágil "repartie", pero aún en sus contestaciones abruptas y en su manera monopolizadora había una atracción especial. Y los diálogos que sostenía eran tan atractivos como sus narraciones: En una entrevista que tuvo con Coquelin, éste le pregunta:

— "¿Qué es la civilización Sr. Wilde?"

Amor a lo bello.

Y qué es la belleza?

Lo que los burgueses llaman feo.

Y a qué llaman los burgueses bello?

No hay semejante cosa,".(1)

Sus impresiones de América, que relataba con el menor pretexto, no eran menos divertidas. En el diario de Goncourt, el día 25 de mayo de 1883, se encuentra una nota sobre la im-
probabilidad de los cuentos de Oscar Wilde. Oscar afirmaba, --
con la seriedad debida, que en el Estado de Texas la corte -
de justicia estaba situada dentro de un casino. Los texanos -
ahorcaban hombres con el menor pretexto, y mientras que el --
cuerpo se mecía en el aire disparaban sus pistolas. Además -
cuando necesitaban una actriz para representar el papel de -
Lady Macbeth se escogía siempre a una mujer culpable de enve-
nenamiento. Y así por el estilo. Sus cuentos rodaban por los
Cafés divirtiéndolo a todo mundo. Y la gente pronto olvidaba -
la primera impresión artificiosa que Oscar le diera.

Por esos años el inolvidable Verlaine se pasaba los --
días sentado en los Cafés al lado oeste del Sena bebiendo --
interminablemente. Rimbaud ya no estaba a su lado, pero a --
la menor provocación recitaba los poemas que el poeta, explo-
rador del alma, le diera en otros tiempos. Oscar quiso enta-
blar amistad con él; lo encontraba aún lleno de música. Pero
el aspecto de imperdonable descuido de Verlaine lo repulsaba
con una fuerza incontrolable. Oscar Wilde estaba muy lejos -
de poder adivinar que en menos de veinte años el estaría en-
un estado semejante.

Pero por lo pronto un amplio horizonte se abría ante-
él. Todos los nombres de letras en París le brindaban amis-
tad. Victor Hugo lo había recibido, aunque Oscar había teni-
do que esperar a que éste terminara de dormir la siesta. --
Alphonse Daudet era el único que no había podido dejar de --
verlo con cierto recelo. Pero su libro de poemas, con dedi-
catoria del autor, fué bien acogido en Francia.

Ahora Wilde, también un poco bajo la influencia de -
Balzac, se dedicaba a trabajar. Había terminado un poema em-
pezado en Oxford. Uno que probablemente le había sido suge-
rido por la lectura de Poe y de Baudelaire, pero al cual Os-
car había puesto su sello de inconfundible sensualidad. El -
poema concluido era grotesco y misterioso, y de un valor --
poético especial. Empezaba a la manera Edgardiana:

"In a dim corner of my room
For longer than my fancy thinks
A beautiful and silent Sphinx

Has watched me through the shifting gloom".

La Esfinge ocupa el lugar del cuervo de Edgar Allan Poe; aquel cuervo, símbolo de desolación, que había tenido ya un eco tan profundo en los países melancólicos de la América Latina. Probablemente "Le serpent qui Dance" de Baudelaire lo había hecho decir:

"Foul snake and speckled adder with
Their young ones crawl from stone to stone
For ruineth is the house, and prone
The great rose-marble manolith;"

El toque personal está al final del poema, cuando, después de sugerir cosas fantásticas y sensuales, exclama:

"And leave me to my crucifix,
Whose pallid burden sick with pain,
Watches the world with wearied eyes
And weeps for every soul that dies,
And weeps for every soul in vain!"

"The Harlot's House" y "The Duchess of Padua" también fueron escritas durante su estancia en París. La primera es una composición en verso, una danza macabra muy bien escrita; la segunda una comedia, estilo Shakespeare, que Oscar consideró indigna de él hasta sus últimos días. Y Mary Anderson, para quien había sido escrita, siendo de la misma opinión que Wilde, rehusó representarla.

Al mes de haber estado en la casa de M. Edmund de Goncourt, divirtiéndolo con sus historietas de América, Oscar Wilde se puso a preparar los preparativos necesarios para regresar a Londres. Había firmado un contrato con el Coronel Moore aceptando dar una serie de conferencias por Inglaterra, Escocia, e Irlanda, y la primera lectura debía tener lugar el día 30 de junio ante los estudiantes de la Real Academia de Arte, en Golden Square, Westminster. Una vez en Londres -- lo primero que hizo Oscar fue visitar al pintor Whistler, -- quien era conocido tanto por sus grabados como por su agudo ingenio. Además de sentir admiración por él, Oscar necesitaba exponer a su público las tendencias modernas en la pintura. Para esto nada más acertado que conversar con el ingenioso Whistler y pedirle consejos. Whistler veía en Wilde a un joven de talento y lo alagaba en extremo que hablase de su pintura en tono tan elocuente. Para ilustrar su teoría, Whistler lo invitó a una exposición de sus últimas pinturas. Oscar aceptó gustoso. Y estaba el pintor explicando a Wilde algunos detalles cuando llegó Ward Humphry, crítico de arte del "London Times". Para darse importancia, Ward, con la cabeza muy en alto, opinó que las pinturas eran, en realidad, muy malas. Whistler lo tomó del brazo y le dijo:

"Mi amable compañero, nunca debes de decir que una pintura es buena o mala. Nunca. Mala o buena no son términos que tú debes usar; mejor sí: Me gusta eso o me disgusta aquello, y estarás en tu derecho. Y ahora ven, vamos a tomar un "Waisky". De seguro eso si te gustará.

Me gustaría ser yo quien hubiera dicho eso, exclamó Oscar con envidia.

Lo dirás, Oscar, lo dirás. Contestó Whistler, y soltó una de aquellas carcajadas satánicas que todavía herían más que sus palabras".

Whistler tenía innumerables enemigos. Ruskin se contaba entre ellos. Llegaba a tal grado la oposición que hasta el pacífico Ruskin una vez expresó su desdén por Whistler. -- "Hasta hoy, dijo, he visto y oído estupideces sin fin, pero nunca esperaba que un mequetrefe pidiese doscientas guineas por arrojar un tarro de pintura en la cara al público." (2)

Ahora Wilde, alternaba las enseñanzas de su antiguo maestro con las de Whistler. Sólo Oscar podía hacerlo. En un momento afirmaba que la vida, con sus fragancias y sutilezas, era la única fuente de la cual se debía extraer la belleza. Pero al instante siguiente aconsejaba a los estudiantes que su deber como artista consistía en pintar las "cosas no como son, sino como no son". Y así sucesivamente. Pero no pocas de las conferencias de Oscar eran sobre arte. Posiblemente las mejores eran aquellas en donde su inimitable sentido humorístico predominaba. Y quienes podían incitar más su humor que los primos americanos? Innumerables y graciosas eran las narraciones que contaba acerca de ellos. Según Oscar los americanos no podían apreciar el arte ni crearlo, a menos de que sus pesadas máquinas pudieran llamarse bellas... Tan ignorantes eran así que un comerciante en arte una vez había demandado a una compañía ferrocarrilera porque el molde de la Venus de Milo, que había sido importada de París, fué entregado sin brazos. "Lo que más sorprende, añadía Oscar divertidísimo, es que ganó su demanda". A los mineros del oeste, les había leído apropiadamente pasajes de la vida de Cellini. Y su relato tuvo tal éxito con los mineros que algunos le reprocharon por no haber llevado a Benvenuto con él. Oscar con toda paciencia les explicó que hacía tiempo que había muerto. Y uno de ellos preguntó inmediatamente: Quién lo mató?

Quando estuvo en Dublín conoció a una joven que por su dulzura y belleza sencilla le llamó la atención. Era Constanza Loyd. Pertenecía a una de las mejores familias, y si no era precisamente rica tenía lo suficiente para vivir bien. Era esbelta y bien formada, con grandes ojos color violeta y pelo castaño. Su carácter apacible llegaba a la timidez. Oscar, quien desde su romance con Lily Langtry había cambiado su opinión en relación con las mujeres, encontrándolas atractivas y bellas, pronto se sintió impresionado por Constanza.

En América las mujeres le habían parecido bellas, es verdad, pero había notado que tenían un aire de suficiencia poco **propio** de su sexo. En cambio esta mujer poseía una delicadeza en todos sentidos diferente y agradable. La modesta Constance, a su vez, al notar que Oscar la prefería, se sentía **comibida**, y algunas veces, desconcertada, **evitaba** encontrarlo. De este modo inconscientemente ella usaba la mejor **táctica** para que el vanidoso Oscar se fijara más en ella, y -- para que despertara en él el deseo de conquistarla. Oscar -- Wilde nunca le escribió un poema, pero le enviaba cartas **sin** ceras y tiernas. A sus amistades la describía como: "una -- sobria y delicada pequeña Artemisa, con abundante pelo **color** castaño, lo cual hace que su cabeza encantadora se incline como una flor, y maravillosas manos de marfil." La diosa de la castidad, eso era para Oscar Wilde, Constance Loyd. -- Sin embargo, algunas veces, Oscar, pensando en el pasado, -- se sentía incómodo y confesaba a Constance sus faltas. Pero ella inocente, **segura de su afecto**, lo convenía de que el presente y el futuro tenían mayor importancia que el pasado. Lo perdonaba. No obstante, el perdón no podía borrar las **diferencias** ideológicas que existían entre ellos. Para Constance el arte y la moral iban siempre unidos, mientras que para Oscar Wilde....

El día 29 de mayo de 1864, unos meses después de conocerse, se casaron en la iglesia de San Jaime, Paddington. -- Sólo los familiares y amistades íntimas fueron invitados. -- Unos minutos antes de que la ceremonia se efectuara, Oscar recibió un telegrama de Whistler: "Temo no llegar a tiempo, no me esperen".

Se dice que Oscar personalmente diseñó los vestidos de la novia y de las damas de honor. A Constance le aconsejó un tono delicado de satén crema. El escote cuadrado de su vestido terminaba en un cuello alto estilo Medici, el **velo** estaba bordado de perlas y usado a la moda de María -- Estuardo. En su pelo lucía una corona de hojas de mirto -- con algunas flores blancas. Su falta era recogida por un -- precioso cinturón de plata, regalo de Wilde. Las damas llevaban creaciones **estéticas**. Una de ellas, sobre un fondo -- rojo, llevaba un delantal de encaje sin mangas del mismo -- color y el sombrero blanco estaba adornado con rosas rojas. El cuadro era digno de atención. Innumerables curiosos se congregaron a la entrada de la iglesia, y los periodistas describieron en detalle la ceremonia. En Londres se anunció que la pareja saldría a Francia en viaje de bodas.

Y Sherard los visitó en el Hotel Wagram, Rue de Rivoli. A pesar de sus negros presentimientos, Sherard encontró a los esposos felices y alegres. Oscar estaba convencido de que el matrimonio era una institución maravillosa, y lo decía. Ella reía, y alzaba sus grandes ojos violeta -- llenos de admiración hacia Oscar. Al salir del Hotel, acom

pañado de Wilde, Sherard se dió cuenta de que, en realidad, su amigo sentía una verdadera emoción por su esposa. No habían caminado cinco cuadras cuando Oscar se detenía ante un florista, y escogía, entre muchas rosas, unos botones que mandaba a Constance con un tierno mensaje.

El matrimonio con Constance apenas había aportado ventajas económicas a Wilde. Sin embargo, entre ambos, de regreso en Londres, rentaron una casa de ladrillo de cuatro pisos en Tite St. No muy lejos estaban las casas que habían pertenecido a Shelley y a Keats, el estudio de Sargent y el hogar de Whistler. Era el barrio de los artistas.

Godwin y Whistler tuvieron a su cargo la decoración del interior de la casa de los Wilde. Los colores que usaron fueron escogidos cuidadosamente: Un salón de estudio, en el último piso, era todo blanco con muebles rojos, sien tras que en la biblioteca, abajo, en donde Oscar tenía la mesa que había pertenecido a Carlyle, se encontraban tonos suaves de amarillo con detalles en rojo lacre. En las paredes colgaban hermosos cuadros: Un Mantecelli, un dibujo de Simeon Salomon, y una pintura japonesa de niños jugando. Las paredes del salón de recepción eran de un color -- oro opaco, y también estaban adornadas con grabados y pinturas al agua fuerte. Un retrato de Wilde, en su juventud, hecho por Henry Pennington, era muy apreciado por la señora Wilde. De Whistler había unos estudios vascianos. -- Un grabado de Sarah Bernhardt, hecho por Bastien Le Page, tenía una dedicatoria de la famosa "tragediana". Pero, según la condesa de Brénot, el cuarto más bonito era el comedor, en donde tonos delicados azul y amarillo se encontraban en fondo blanco-perla. Es probable que Constance haya colaborado con Godwin y Whistler en la decoración de su casa. Sus ideas a este respecto eran sencillas y -- precisas. Decía: "Ultimamente la gente, en su deseo de -- mejorar el interior de sus hogares, ha mezclado varias -- épocas, diseños y colores, cada cual tal vez hermoso en -- sí, pero produciendo un efecto desagradable cuando son -- puestos en juxtaposición".

Bajo la influencia de la sencilla Constance, Oscar cambió. Muchas de sus costumbres artificiosas desaparecieron, y se advirtió en él, por primera vez, una dignidad rara. Londres lo empezó a tomar en serio, y los periódicos dejaron de publicar caricaturas insultantes. La mayoría en Oscar era notable. Algunas de las personas que lo visitaron lo encontraron tan diferente que se lo dejaron. A ora Wilde usaba el vapor caminado por las calles con una flor en el mano. "Cualquier persona hubiera podido hacer eso decir Oscar con su acostumbrado buen humor lo difícil fue obtener lo que yo conseguí: hacer creer al mundo que en realidad lo había hecho".

Y vivía con Constance. Las cualidades que ella des plegaba día a día lo convencían de la certeza de su juicio al haberla escogido como esposa. Su dulzura y natural refinamiento la convertían en la "amable anfitriona" de su hogar y Oscar recibía la admiración de sus amigos. Sin duda que ella, aún careciendo del ingenio y los conocimientos de su esposo, lo superaba en buen gusto. Hay unanimidad de parte de los críticos de Wilde, al afirmar que éste jamás se vistió bien, sino que se adornaba en demasía. Constance, al contrario, mostraba siempre una elegancia sencilla. Esta diferencia en el vestir, aparentemente sin importancia, tenía seria repercusión en sus caracteres, tan grande así que más tarde sería causa de verdadera intranquilidad para ambos. Pero en esos primeros meses los dos se sentían felices y satisfechos en su elección. Oscar gozaba de la compañía de su esposa la mayor parte del tiempo, y sentía verdadero descanso de no tener que actuar ante ella. Constance invitaba siempre a la sinceridad y a la sencillez. El entonces mostraba ilimitado cariño por esas cualidades, en realidad, por toda la personalidad de ella. Cuando por cualquier motivo se tenía que separar de Constance, le escribía cartas llenas de emoción. Siete meses después de casados le envía una, fechada en Edinburg el 15 de diciembre de 1884:

*Mi querida y amada:

Remo aquí; tú en la Antípoda. Hecho insu frible que impide que nuestros labios se besen, aún cuando nuestras almas sean una. Qué te puedo decir por carta? Nada hay que pudiera decarte. Los mensajes de los dioses no se mandan con pluma y tinta, y verdaderamente tu presencia corporal aquí no te haría más real: por que siento tus dedos en mis cabellos y tu mejilla rozando la mía. El aire está lleno de la música de tu voz, y mi cuerpo y mi alma ya no me pertenecen, sino que se encuentran unidos a tí en un éxtasis exquisito.

Siempre, y para siempre
tuyo,

Oscar*. (3)

CAPITULO V.

CUENTOS PARA NIÑOS.

Al año de casados Constance tuvo su primer hijo. Indudablemente Oscar hubiera preferido colocar el papel de padre que ahora tenía que desempeñar. Pero lo que más sentía era la pérdida, casi irreparable, de la belleza esbelta de su esposa. Aquella cintura delgada y atractiva había

desaparecido quizá para siempre. Y Oscar se lamentaba. Sin embargo, debido a su bondad, no revelaba su desilusión, y poco a poco su amabilidad característica vencía. Fué él quien escogió cuidadosamente el poético nombre de Cyril para su hijo. Y fué Oscar también quien al poco tiempo de nacido Cyril, aparentemente habiendo dominado su desilusión, publicaba con cierta autoridad "Un manual matrimonial". Más aún, ca el optimista al año siguiente, un mes antes del nacimiento de su segundo hijo, escribía un artículo titulado; "Los hijos de los poetas", en la "Pall Mall Gazette", 14 de octubre de 1886.

Desde su matrimonio con Constance el poeta vivía de su pluma. Hacía más de dos años que su comedia "Vera" había resultado un completo fiasco en Nueva York, y Wilde estaba convencido de que como dramaturgo tenía pocas probabilidades de conseguir los aureoles deseados. Por consiguiente, cansado de su actuación como profesor de Estética, se dedicaba ahora a ejercer como Crítico de Arte. Y escribía en diversas revistas con toda seriedad. Sus artículos literarios cubrían un vasto territorio, desde Shakespeare hasta los contemporáneos. Además opinaba sobre las últimas representaciones teatrales, y sobre libros nuevos. Y tan seguro se sentía ya de su propio valer como serio crítico de arte que al oír una conferencia de Whistler, "Ten o'clock", decidió sostenerse indómito en sus juicios y con este motivo escribió una nota sobre ella. Este fué el triste principio de una controversia que se llevó a cabo en los principales diarios de la ciudad, y en la cual Wilde llevó la peor parte. Es probable que bajo la influencia de la sencilla Constance, Oscar sufrió una reajuste de valores. No se explica de otro modo la actitud casi hostil de Oscar hacia el artista que antes había escuchado con tanta admiración, y cuyas teorías él mismo había expuesto a los estudiantes de arte en una de sus conferencias. El individualista Oscar pasó a todos diciendo:

"En cuanto al valor de la belleza en el ambiente, sin duda estoy en completo desacuerdo con Whistler. Un artista no es un hecho aislado; es el resultado de un "milieu" de cierto "entourage", y puede brotar de una nación que carezca de sentido de belleza tanto como un higo puede crecer de una espina, o una rosa de un cardo." (1)

El artista dejaba de ser un fenómeno aislado. La belleza ya no constituía un fin en sí misma, sino que como Whitman decía, era el resultado, el fruto, de una cultura. Ahora Oscar ridiculizaba las teorías que antes había alagado:

"Nada hubiera podido exceder su entusiasmo cuando el señor Whistler les dijo que a pesar de que sus vestidos fuesen vulgares y el ambiente en sus hogares horrible, era

muy posible que un gran artista, si existe semejante cosa, po-
día, contemplándolos en la semi-oscuridad, y medio cerrando
los ojos, verlos realmente en condiciones pintorescas." (2) El
artista, según Wilde, no podía modificar el medio ambiente aun
cerrando los ojos totalmente.

Y su amistad con Whistler terminó para siempre.

Este cambio total de ideas se observa con mucha ma --
por claridad en sus extraordinarios cuentos para niños. En e-
llos el artificio desapareció por completo, y si se conserva
una fina ironía es para reírse de sí mismo como lo hace en el
"Remarkable Rocket". Lo que los caracteriza es la sencillez --
en el estilo y la pureza mental con que fueron escritos. Pare-
cen ser la expresión directa de su sencilla vida hogareña. Sus
propios hijos, de nombres musicales, Cyril y Vivyan, sin duda
despertaron en Oscar ese sentimiento de ternura hacia los ni-
ños expuesto tan magistralmente en "El Gigante Egoísta": To-
das las tardes al salir de la escuela los niños jugaban en el
jardín del gigante. Había pájaros, flores, árboles y césped --
verde. Un día el gigante volvió de una visita que había dura-
do siete años, y al ver a los niños jugando en su jardín se --
enfadó y mandó construir una pared muy alta para que no vol-
vieran a entrar. Vino el invierno y luego la primavera, y mien-
tras que por todas partes brotaban las flores y regresaban los
pajarillos, el jardín del gigante seguía desierto, lleno de --
nieve. Era porque faltaban los niños. Y así llegó el otoño. --
Un día el gigante despertó y vio su jardín lleno de niños y --
sus árboles llenos de flores. Los niños habían entrado por un
pequeño agujero en la pared. El gigante saltó corriendo, pero
los niños al verlo huyeron. Sólo uno, muy chiquito, permane-
ció. Estaba llorando y no podía ver al gigante. Estaba lloran-
do porque no podía subir a un árbol. El gigante lo ayudó a --
subir y el árbol se llenó de flores. Cuando los otros niños
vieron que el gigante había cambiado, volvieron. Y así; pasa-
ron los años hasta que el gigante se hizo anciano, y veía --
a los niños jugar desde su sillón. Entonces solía decir: "Ten-
go muchas flores hermosas, pero las flores más hermosas son --
los niños".

La psicología infantil, al narrar sus cuentos, también
debe ser producto de la experiencia recogida como padre. A --
menudo usa repetición de palabras y oraciones, que como sabe-
mos, son el encanto de los niños. La personificación de flo-
res y de cosas inanimadas pertenece también a la naturaleza
infantil.

Oscar Wilde olvidándose de que la moral no debe de --
tomar parte en la creación artística, la nombre y la usa en
sus cuentos:

El Príncipe feliz es infeliz por que no puede ayudar
a los pobres. La golondrinita que le presta sus servicios pa-
ra socorrerlos es premiada y se va al cielo. Lo mismo ocurre
en "El Amigo Devoto". Sólo que en este último cuento aparece

por primera vez una especie de crítica social, de costumbres, que será de importancia para la formación de su teatro. El -- ruiseñor que da la vida por el amor es inolvidable. Aquel -- ruiseñor que en las noches de luna, con una espina en su corazón, daba su sangre, gota a gota, para que el amor viviera.

La publicación de "El Príncipe Feliz y otros Cuentos" por Walter Crane y Jacob Hood, Londres, fué recibida con un nime aplauso, por lo demás, bien merecido. Walter Pater inmediatamente escribió a Wilde felicitándolo entusiasmado. Y antes de que transcurriera un año se hacía una segunda edición, en enero de 1889.

Es de lamentarse que Wilde abandonara esta actitud sencilla, para adoptar otra que sin duda él consideró más interesante.

Pero la personalidad de sus hijos y de su esposa que daron fielmente infiltradas en los Cuentos. Esos cuentos ten llenos de poesía.

CAPITULO VI.

REACCION.

La reina Victoria ocupaba el trono en Inglaterra desde 1837. Como mujer poseía cualidades que la capacitaban para ser una madre excelente; como reina tenía una gran dignidad, al mismo tiempo que un fuerte sentido práctico. La simpatía que su vida hogareña despertaba en la clase media, correspondía a una parte de su naturaleza que negaba todo artificio. -- Poco era la atención que prestaba a la aristocracia; siempre se identificaba con la burguesía. Esta, con el despertar de la revolución industrial, se dedicaba a materializar sus ambiciones. La reina lo ponía el ejemplo. Prefería adquirir una colonia nueva para Inglaterra, o ser coronada Emperatriz de la India, que prestar atención a la última creación artística. Todo lo que cubría de arte era debido a su esposo, quien no hacía mucho tiempo había abierto un palacio de cristal -- para mostrar al mundo, en una exposición, los grandes adelantos de la ciencia. En cuanto a moral, nos dice André Maurois, "la reina Victoria seguía la moralidad del mojigata Príncipe-Alberto".

En esa época la figura que más se destacaba en el -- Parlamento Inglés es la de Disraeli. Su política, opuesta a la que se había practicado a principios del siglo, es típica de esos años de gran auge material. Disraeli siempre aconsejaba a su partido conservador el introducir reformas en beneficio de la clase media. Fué un gran acontecimiento cuando -- en 1867 se aceptó el "Reform Bill" que daba sufragio a los -- pequeños propietarios, y aunque los trabajadores de campo, -- minas y fábricas, todavía carecían de voto, tenían grandes esperanzas de que sus deseos se cumplieren pronto. En esos -- años más apareció "El Capital" de Carlos Marx, pero debido al gran auge económico de entonces su mensaje no fué escuchado.

do. Sin embargo había unos pocos que con gran perspicacia y sentido crítico se oponían a la crueldad del sistema industrial que se iba imponiendo con tanta firmeza. Se oponían a que mujeres y niños trabajasen en fábricas. George Bernard Shaw, Ruskin y Dickens levantaban sus voces protestando. El primero, predicaba el socialismo en las calles a los obreros. El segundo, aparte de organizar conferencias para beneficio de los trabajadores, establecía el Sr. George Guild-regido por principios comunistas. El tercero describía con palabras fuertes y sinceras la miseria que veía por todos lados y con el ímpetu de todo un pueblo, lanzaba su grito revolucionario al aire.

El impresionable Oscar Wilde respondió a tal movimiento de una manera característica: Se tendrá en cuenta -- que en sus primeros poemas, posiblemente bajo la influencia de la madre, quien a pesar de darse aires de gran señora -- conservaba cierta simpatía, cosa de recuerdos, a las ideas libertadoras, Oscar Wilde había hablado de una Inglaterra -- republicana, para gran alegría de los Estados Unidos del -- Norte. Más tarde su bondad había sido encamuzada, por Ruskin, a aceptar teorías nuevas, al grado de desempeñar trabajo físico, tan repulsivo para él. Después de su comedia "Vera" -- había tenido un contenido revolucionario, aunque como hemos dicho, con graves errores históricos. Pues bien, ahora, Oscar Wilde después de haber asistido a una conferencia en la cual Bernard Shaw había hablado sobre el socialismo a los obreros en Westminster, se decidía a escribir su ensayo, "El Alma del Hombre bajo el Socialismo". Se encuentra en ese ensayo un raro sentimiento para las clases oprimidas que -- perdura a través del trabajo. Un raro sentimiento que a ratos se encuentra mezclado con una manera de pensar muy Wildeana. Hay oraciones aisladas de gran valor poético; otras -- que por su significado adquieren personalidad propia, y otras más que muestran escasez de conocimientos teóricos del autor. Nos dice que bajo el ambiente sano de un nuevo orden social, "será una cosa maravillosa -- la verdadera personalidad del hombre cuando la veamos. Crecerá simplemente y naturalmente como una flor, o como un árbol." Más adelante añade -- que en las condiciones actuales de desigualdad y de miseria "recomendar el ahorro a los pobres es grotesco e insultante. Es como aconsejar al hambriento a que come menos". Y según -- Wilde la supresión de la propiedad privada bajo el "socialismo, comunismo, o como uno prefiera llamarlo", dará como resultado la supremacía del individualismo, que llegará a ser, "más libre, mejor y más intensa de lo que es ahora". -- Por fin, termina con la nota inevitable: "Es esto Utopía? Un mapa mundial que no incluya la Utopía no vale la pena -- de ser visto por que deja fuera el único país al cual la -- humanidad siempre llega".

Y no había pasado mucho tiempo desde que Shaw se -- había encontrado a Wilde en Westminster, cuando este último, en una conversación con Frank Harris, sostenía un pun-

to de vista opuesto. Hablaban de Charles Dickens y Wilde no podía mostrarle más que desprecio. Lo disgustaba el sentido popular de sus novelas y los temas expuestos en ellas.

"Los pobres constituyen el suelo necesario sobre el cual los genios y los artistas florecen". Y Agregaba al ver que Frank no estaba de acuerdo: "No me hables Frank, de las penalidades de los pobres, las penalidades de los pobres son necesarias; mejor hablemos de las penalidades de los hombres de genio y vertiré lágrimas de sangre." (1)

Charles Dickens al describir precisamente las penalidades de los pobres, no podía conseguir la aprobación de Wilde. En realidad los dos escritores tenían poco de común. Sus vidas habían sido opuestas. Dickens, muy joven aún, había visto como su padre, al no poder pagar una hipoteca, -- había sido enviado a la cárcel. Entonces se había visto obligado a dejar la escuela y a trabajar, por unos cuantos centavos diarios, en una fábrica de teñir zapatos. Y estas tristes experiencias habían sido la causa de que más tarde hablara en contra del régimen inglés casi de una manera instintiva. Oscar Wilde, al contrario, había tenido una vida de comodidades. Su simpatía era para la aristocracia. Si alguna vez levantaba la voz en contra de las leyes de Inglaterra, era debido a que la moral puritana, tan de acuerdo con la política mercantil de la reina Victoria, le impedía expresar libremente su propia moral semi-pagana.

La aristocracia también favorecía a Oscar Wilde, y -- muchas eran las invitaciones que le enviaba. En los primeros meses de su matrimonio había aceptado algunas. Pocas. Su esposa prefería quedarse en casa y él la acompañaba. Sin embargo, las pocas veces que salían juntos ella lucía, aunque con harta modestia, las creaciones que él diseñara para ella, -- creaciones que sin duda llamaban la atención de la gente, -- para gran mortificación de Constance. Con el tiempo ella -- había encontrado cualquier pretexto y lo animaba a salir solo. Más tarde la maternidad le había impedido cumplir todo compromiso social. Y hemos visto como la maternidad había -- decepcionado a Oscar. Para el gran estatista no era una sensación agradable el ver la belleza exquisita de su esposa -- deformarse, día a día, bajo el peso que llevaba. Al mismo tiempo él no podía amar igualmente una persona harmoniosa -- que una grotesca. El cambio lo llenaba de horror. Sus sentidos educados a apreciar la perfección física sufrían al tener que aceptar la realidad. Pero más que todo se daba perfecta cuenta de que la belleza de la mujer era una cosa pasajera. Y dentro de él se iniciaba una protesta callada e -- intensa en contra de la cruel naturaleza. De este modo, de una manera imperceptible volvía a surgir en su mente el antiguo ideal de belleza, aquel de cadenera angosta y lozana -- juventud. Y Oscar se esforzaba en ser amable con su esposa. Su estado de ánimo, sin embargo, no era de lo mejor. La luz cía interna que se iniciaba no encontraba ningún alivio en

la monotonia de su vida hogareña. De carácter alegre y sociable él quería tener la admiración de la gente. Cuando hablaba Constance siempre guardaba silencio, y aunque esto gratificaba su vanidad, él prefería mil veces verse rodeado de personas que incitaran con sus preguntas, las respuestas que salían de sus labios con tanta agilidad. Si Constance hubiera sido más semejante a Oscar, como en el caso de Lord Byron y su hermana, es posible que se hubiera evitado el terrible "faux pas" que había de dar. Pero aún así....

Según Boris Brasol unos meses después del nacimiento de Vivyan, una enfermedad que Oscar había sufrido en Oxford volvía a manifestarse. Esta fué la causa fundamental para que sus relaciones con Constance terminaran definitivamente. Y -- hay bases para creer que esa misma enfermedad sería la causa de su muerte. Marción afirma que la reacción en Wilde después de su matrimonio es típica en un ser de naturaleza invertida. Como prueba a su juicio cita las palabras que Oscar pronunciaba al cabo de unos años, cuando muchos lo tachaban ya de cínico: "Yo afirmo que la mujer no está hecha para la pasión y el amor, sino solo para la maternidad. Mi mujer, de joven, era blanca y esbelta como un lirio; luego al parir se hizoforme y físicamente odiosa". (2)

En los primeros días de junio de 1867 la casa editorial de Messrs. Cassell y Co., ofreció a Oscar la dirección de una revista de mujeres, "The Woman's World". La aceptó. Con una sonrisa maliciosa decía a sus compañeros que él era precisamente la persona más adecuada para desempeñar el oficio. En verdad, bajo su dirección la revista obtuvo gran popularidad y llegó a muchos hogares en donde los artículos que Oscar escribía sobre decoración interior, belleza y moda, eran leídos con avidez. "Muchas madres abrían desmesuradamente los ojos al oír que corsés y polisonas pronto pasarían al olvido, y -- que en adelante el vestido sería diseñado para enobrecer la forma femenina en vez de para desfigurarla". Frecuentemente Wilde recibía elogios de sus amigos por su trabajo, aunque sus enemigos no dejaban de molestarlo con su sarcasmo. Como colaboradora a la revista tenía a Arthur Symonds, Lady Sandhurst, Marie Corelli y la reina Isabel de Rumania, quien usaba el pseudónimo de Car en Sylvia. Spowanza también contribuía con interesantes leyendas folclóricas irlandesas, y Constance --- escribía, con cierta autoridad, sobre la moda infantil. En fin sólo le faltaba al o de la divina Sarah Bernhardt, y Wilde lo escribe al efecto:

"Mi querida Sarah : Tu tienes, sin duda, los dos primeros números de la revista que estoy editando. Ordené que se te mandaran con mis saludos... Quiero pedirte una serie de artículos. Cualquiera cosa de teatro estaría bien. También un capítulo o dos sobre tus recuerdos color de rosa. Podrías llamar a uno de tus artículos. "La Historia de mi boda con t" o "La evolución de la boda de t de Sarah Bernhardt"... También, la aconsejaba a escribir sobre América y los Americanos:

"Los ingleses están más interesados en el barbarismo americano que en la civilización americana. Tu conoces como hablan el francés, menciónalo. Puedes empezar así: Colón -- descubrió la América una vez y dejó al país en paz. Pero -- los americanos una vez descubrieron Francia, y la han seguido descubriendo desde entonces. Nunca habiendo aprendido el inglés, quieren aprender el francés. Explican sus visitas -- sin fin a nuestra tierra diciendo que vienen a terminar su educación, y nosotros tenemos que tolerar a gantos tan fasci-- nantemente ingenuas que quieren terminar en el extranjero lo que nunca tuvieron el valor de empezar en su propia tierra."
(3).

Pero Sarah se negó a mandar el artículo pedí do con-- tanta gracia.

Oscar publicó en el número de diciembre de esa re-- vista una nota titulada "Un Libro Fascinador". El libro fa-- scinador era la "Historia del encaje y del bordado", de Ernest Lefebvre.

Mientras que la mayor parte de los barones muestran un tedio infinito al hablar de trivialidades femeninas, Os-- car Wilde mostraba un interés raro por ellas y gastaba gran energía mental discutiéndolas. Esta ligera anomalía, muestra-- da ya en el carácter de sus artículos, pronto adquirirá -- dimensiones extraordinarias.

"Pluma, Lápiz y Veneno", fué el primer artículo suyo que definitivamente despertó en el público inglés una cu-- riosidad mal disimulada. Desde hacía tiempo que corría la voz acerca de la peculiaridad de sus hábitos personales. -- Al leer ese ensayo la burguesía frunció el ceño y movió la cabeza en señal de desaprobarción. Luego, al notar que Oscar impávido seguía su camino, y sólo se detenía ante ella pa-- ra reírse de su cómica expresión de espanto, resolvió señ-- larlo con su dedo largo y amenazador. Cómo osaba este es-- critor hablar del crimen como arte, y alabar la personali-- dad especial, "intensa" creada por el pecado? Era demasia-- do atrevimiento.

Este "estudio en verde", como Wilde llamó a su en-- sayo, muestra, ante todo, el refinamiento de sus estudios: "El Thomas Griffiths Wainright, mostraba una rara predi-- lección por todo lo verde, lo cual en el individuo es sig-- no de un temperamento artístico y sutil, y en las nacio-- nes, se dice, denota un relajamiento, sino es que una de-- cadencia en la moral". La sensibilidad al color es una ca-- racterística del modernismo. Se recordará que Oscar, en-- su visita a París, había conocido a los simbolistas, parna-- sianos y decadentistas. "Gautier, había establecido una -- jerarquía de palabras, comparándolas a piedras preciosas.

Mallarmé, el feliz intérprete de la sugestión, pensaba que el nombre de Emil era de color verde-lapislázuli. Y en su famoso soneto-neurótico de las vocales reducía Arthur Rimbaud al sistema de las vocales a una paleta de pintor, y señalaba la A de color negro"... y Banville, decía: "He encontrado palabras carmesí para pintar el color de una rosa". (4) "Azul", de Rubén Darío, fué muy representativo. Y el color verde de Wilde tuvo, como era de esperarse, un tono muy personal. Tanto así que al usarlo tenía que hablar de moral. Y lo hacía de una manera exquisita. Para él la belleza era la máxima expresión humana, y esta no podía estar sujeta a leyes. Era libre. Lo que la sociedad consideraba pecado y crimen eran cosas atractivas que el artista, al practicarlas mejoraba su estilo, y obtenía una fuerte personalidad. Si a veces las consecuencias eran graves, como en el caso de Wainright, la culpa no era del delincuente, sino de la época, de la sociedad. Y la única diferencia que había entre Thomas y las numerosas visitas que recibía en su celda, era que estas últimas habían sido mejores calculistas.

Difícilmente se encuentra en la obra de Wilde una juicio más acertado acerca de su futura culpabilidad. Ni tampoco una clarividencia más clara de su destino.

El hablar de Oscar, en esos años, se perfeccionó al grado de hacer que su obra literaria ocupara un lugar completamente secundario. Sus palabras siempre salían de su boca con agilidad. De pintura y de música sabía poco, pero siempre daba su opinión con tanto ingenio que parecía tener razón. No era un gran filósofo, aunque sí un gran "charmeur". Adornaba cuanto decía con su irresistible humor irlandés. Su pensamiento, como sabemos, era contradictorio, pero su habilidad para exponerlo era tal que este defecto se convertía en verdadero atractivo en él. Al hablar coqueteaba con diferentes ideas y a ninguna rechazaba. Como mujer negaba para afirmar, y afirmaba para negar. Y todo mundo lo sabía. Nadie lo creía, pero todos lo escuchaba. Sus cuentos, pues tenía la costumbre de narrar en vez de conversar, corrían de boca en boca; lo mismo que su última "bon mot". El hombre fascinaba a pesar de su apariencia. Pues había engordado, y sus carceras anchas y cara carnosa no lo favorecían. Sólo sus ojos eran hermosos. Los trajes que usaba le venían justos. Siempre daba la impresión de abusar del vestido en vez de vestir con elegancia. Esta falta de gusto en su persona, junto con la fama que estaba adquiriendo por sus hábitos peculiares, hacía que algunas de las familias aristócratas, de las más estrictas, le empezaran a cerrar sus puertas. Una vez Lord Grimthorpe lo invitó a su casa de verano en Kirkstall, Grange, en contra de la opinión de sus huéspedes, o más bien, para sorprenderlos. Cuando el nombre de Oscar Wilde fué anunciado en el salón, muchos libros se abrieron súbitamente y otros tantos periódicos se levantaron para ocular caras con labios llenos de desprecio. Pero no habían pasado diez minutos cuando Oscar se vió rodeado, como de costumbre, por la

mayoría de las personas presentes, quienes reían ya alegremente, de sus graciosos comentarios. A tal grado llegaba la atracción de su verbo. Al grado de barrer con el prejuicio-inglés!

Habían pasado sólo unos días desde que Wilde publicara su ensayo sobre el envenenador Wainright, cuando aparecía en la revista, "The Nineteenth Century", un diálogo -- suyo titulado, "La decadencia de la mentira; una protesta". Los personajes llevaban los nombres de sus hijos, Cyril y -- Vivyan. Era el año de 1889. Punto por punto Wilde refutaba -- sus propias contestaciones a Whistler de hacía unos años; -- El arte ya no era el producto de una cultura, de una sociedad. Era independiente y debía tener por base única la imaginación, la mentira. Todo lo real era absurdo. La misma naturaleza estaba cargada de defectos. La poca proporción que había en ella era debido a los artistas, que se la daban con su imaginación. El arte estaba en decadencia porque la mentira ya no existía. Y no se mentía. Y terminaba diciendo -- que la vida imita al arte y no el arte a la vida, y que el arte no debe tener otro fin que el de expresarse a sí mismo. Oscar tenía razón. La ética Victoriana no permitía la mentira, y sin duda alguna el auge material creado a base de cálculo tendía más bien a crear una ciencia estadística que un cuadro azul y rosa. Si por algo se distingue esa época es -- precisamente por el desarrollo industrial y científico. Y el arte en decadencia... era muestra de la cultura de entonces. El mismo Oscar, con su pensamiento, no hacía otra cosa que -- expresar a maravilla las fuerzas contradictorias de la sociedad. Muchas de sus paradojas no eran más que el resultado -- de su habilidad para ver cosas opuestas y exponerlas en ángulos agudos: "A poor woman who is not straight is called prostitute, but a rich one is a lady of fashion" "There is nothing so undemocratic as Democracy. The United States is an example of honest dishonesty; England of dishonest honesty".

El mejor documento que existe para poder juzgar la -- vida de Wilde en los años siguientes es su obra literaria. -- Aun así, según numerosos escritores que lo conocieron y que han dejado memorias de Oscar, es muy inferior a su vida. El mismo decía: "No puseo talento en mi arte, pero genio en -- mi vida". La relación entre ambas, sin embargo, es íntima. Y es curioso observar cómo, en contra de lo que Wilde opinaba; su vida modificó su arte de una manera directa: Las ligeras -- anomalías obvias en su trabajo como editor de una revista de mujeres eran el resultado de un defecto físico, una enfermedad que día a día se evidenciaba más y más en él, y que no -- tardó mucho en aparecer definitivamente con el signo de anormalidad. Y esta anomalía quedaba, a su vez, grabada en su arte. Sus reacciones violentas en contra de la "cruda y monótona naturaleza", obedecen, en parte, a su estado físico, -- que había dejado de ser normal, natural. De ahí proviene también algo de su exagerado apasionamiento por el artificio, -- por lo artificial, por lo antinatural.

La homosexualidad interesó a Wilde lo suficiente para escogerla como tema para su próximo artículo. Después de numerosos estudios sobre Shakespeare, y largas pláticas con diversos escritores ingleses, decidía aclarar al mundo la identidad de la persona a quien habían sido dedicados los sonetos del gran dramaturgo inglés. Con lujo de detalles y ropaje novelesco, Oscar Wilde explicaba cómo un joven actor de la compañía teatral de Shakespeare, el mismo que representaba los papeles de Portia, Rosalinda, Desdémona, Julieta y aún Cleopatra, había sido el inspirador de los famosos sonetos. Malone y Hazlitt, ciento cincuenta años antes, habían sugerido el nombre de Will Hughes, debido a un juego de palabras en el soneto número CXXXV. Pero Oscar daba nueva vida a esa teoría con su estilo e imaginación. Ya no anotaremos el recibimiento de ese ensayo en la sociedad paritana, pero es necesario observar la gran erudición del trabajo. Además el estilo y el humor con que estaba escrito. Y el prestigio literario de Wilde crecía a pesar del contenido de su obra. En Francia ya no era visto como simple apóstol de la estética. Al hablar de él se pensaba en sus cuentos y ensayos. América, siempre más dócil, lo consideraba como uno de los mejores artistas ingleses. Sólo Inglaterra se mantenía en actitud de desprecio, a excepción de la minoría.

Dos "retratos" escribió Oscar. El primero, ya mencionado, fué el de Mr. W. H.; el segundo, más conocido, fué el de Dorian Gray. El tema del segundo era muy usado ya en la literatura. La doble personalidad del hombre había sido escogida antes por Balzac y Huysman, y como resultado se habían publicado, "Peau de Chagrin" y "A Rebours": de cada autor, respectivamente. "Dr. Jekyll and Mr. Hyde" de Stevenson, trataba también el mismo tema. No obstante la exposición de Wilde era algo diferente:

Desde 1884 Oscar Wilde había tenido la costumbre de visitar el estudio del pintor Basil Ward. Una de tantas veces encontró a un modelo nuevo, quien debido a su extraordinaria hermosura llevaba el sobrenombre de "radiante joven". "Todas las tardes Wilde veía el progreso del retrato del joven en el lienzo, mientras que nos deleitaba con su charla encantadora, escribe el pintor Ward en el prefacio de una de tantas edificaciones que se hicieron del "Retrato" de Dorian Gray, hasta que el retrato fué concluido y el modelo despedido.

Es una lástima, suspiró Oscar Wilde, que semejante criatura llegue a la vejez.

En efecto, contestó Basil, No sería maravilloso que el (radiante joven) permaneciera igual mientras que el retrato se arrugara con los años?"

Y Oscar encontró en esta conversación la trama para su novela: El "joven radiante" se convertía en Dorian Gray; su-

amigo Basil Ward en el artista Hallward; y él mismo en Lord Henry. El tema era ideal; los caracteres estaban bien escogidos; sólo faltaba que Wilde desarrollara cada uno de ellos con la proporción debida. Pero no pudo hacerlo, Parecía estar demasiado preocupado con la importancia de su papel para poder fijarse desinteresadamente en los demás. Tanto ganas tenía de expresar sus ideas que las ponía en cabezas ajenas. Esto en vez de dar a sus caracteres personalidades propias, difusos, los hacía aparecer como meros remendadores. Algunas veces este defecto llegaba a quitarles todo valor individual, y la semejanza de los personajes de sus diálogos se convertían en el pretexto, sólo en forma variada, novelesca, para expresar su pensamiento. Harris, Sherard y Ross están de acuerdo al decir que en esta novela se encuen tran recopiladas la mayor parte de las paradojas y dichos in genuosos que él había elaborado en varios años de trabajo literario y de novela continua. El error no está desde luego en haberlas reproducido en el "Retrato", aunque sí en haberlas puesto indistintamente en labios de todos sus personajes, atrofiándolos. La psicología usada, desde luego tenía que ser mala. Hay una vasta diferencia entre Wilde y, por ejemplo, Dostoyewsky, quien convierte la psicología en todo un arte. Y este estudio, del efecto del crimen y poca de en la fisonomía de un joven, se prestaba particularmente para que Wilde trazara paulatinamente los cambios sufridos. Pero no. Desde un principio pone las reacciones más improbables en Dorian Gray. Como si el muchacho no fuese otra cosa que un nudo de nervios:

Lord Henry el primer día de conocer a Dorian le expone algunas de sus ideas sobre moral, incluyendo aquella famosa de Wilde que dice: "La mejor manera de vencer la tentación, es caer en ella". Sin duda alguna Lord Henry es -- elocuente, pero me aquí que al terminar de hablar Dorian -- no puede dominar su espanto.

"No me diga más, murmuró Dorian Gray, ni una palabra más. Usted me desconcierta. No sé que decir. Hay alguna respuesta, pero no la encuentro. No me hable. Déjeme pensar. O mejor, déjeme procurar no pensar más".

¡Y este muchacho que sabía tan bien la diferencia del pensar y del no pensar, y que lo expresaba con tanta sutileza, estilo Oscar Wilde, iba a quedarse parado, atónito como un ingenuo, "por casi diez minutos sin moverse, con los labios entreabiertos, y ojos extraordinariamente brillantes", a consecuencia de las palabras de Lord Henry!

Como ejemplo de literatura imaginaria "El Retrato de Dorian Gray" tiene su atractivo, especialmente para los adolescentes. Y hasta es posible que Oscar pensara en ellos al escribirlo, ya que constituían un público en todos sentidos deseables para él.

Al año siguiente, en los meses de julio y septiembre, apareció, en dos partes, un diálogo nuevo titulado, "La verdadera función y valor del criticismo"; con algunas notas sobre la importancia de no hacer nada". Más tarde ambos ensayos junto con "La Decadencia de la Mentira", "La Verdad de las Máscaras" y "Pluma, Lápiz y Veneno", constituirían el libro titulado "Intenciones". Este diálogo nuevo que llevó después el nombre de "El Crítico como Artista", es el más importante de los escritos por Oscar Wilde. En términos generales se puede decir que era el perfeccionamiento de su pensamiento artificialioso, expresado con mucha mayor facilidad y erudición que antes. Había algunas ideas nuevas sobre el criticismo y sobre la pereza (tema desarrollado con mucha mayor brillantez por Stevenson), pero lo fundamental estaba ya expuesto en "La Decadencia de la Mentira". Las conclusiones a que llegaba, las compartía Ernesto al final del diálogo:

"Me has dicho cosas raras esta noche, Gilberto. Me has dicho que es más fácil hablar de las cosas que hacerlas, y que el hacer absolutamente nada es lo más difícil que hay en el mundo; me has dicho que todo arte es inmoral, y que todo pensamiento es peligroso; que el criticismo es más creador que la misma creación artística., y que el mejor crítico es aquel que revela en un trabajo de arte lo que el artista no ha expresado; que es precisamente a causa de la incapacidad de un nombre para hacer una cosa, por lo que se convierte en el mejor crítico de ella; y que el verdadero crítico es poco sincero, poco moral y jamás justo". (5)

Como se vé, Oscar Wilde se deleitaba en derrumbar verdades establecidas, y volviéndolas a parar con los pies para arriba.

Los artículos escritos por Oscar en los últimos años mostraban un progreso definitivo en el desarrollo de su pensamiento artificialioso. Wilde empezaba a ser consistente. Ya no tomaba una idea para cambiarla por otra totalmente diferente al día siguiente. A los treinta y cuatro años dejaba de contradecirse a sí mismo y se dedicaba a contradecir a los demás. En una época de cálculo y de adelantos científicos, Oscar invariablemente recogía la mentira y la imaginación. Su vida también quedaba sellada por la contradicción. Las costumbres rígidas, de las cuales la reina Victoria era tan buena expositora, no eran observadas por Oscar Wilde; estaban en oposición con su arte y sus hábitos anormales. Pero esto no le preocupaba en lo más mínimo. Frecuentemente se le veía rondando distritos muy especiales, y pasear con jovencuelos de mentalidad muy inferior a la suya. Algunas veces invitaba a camareros y a mozos de cuadra a comer con él en conocidos restaurantes. Y se esmeraba en contarles sus historietas, como si estuviera ante un público de lo más selecto. Les describía los juegos olímpicos; de cómo se arroja el disco y se avienta la jabalina. Y los papaces, con su pelo grasoso y su mirada lánguida, le hacían preguntas:

"Dijiste que estaban en cueros?"

Seguramente contestaba Oscar Wilde-, desnudos, vestidos sólo de sol y belleza." (6)

CAPITULO VII.

LORD ALFRED DOUGLAS.

Arthur Symons, colaborador de la revista que Oscar Wilde había dirigido, pertenecía a una agrupación literaria, "Rhymer's Club", que estaba integrada por la nueva generación de poetas. Dowson, Johnson y Douglas, eran algunos de los miembros. Aunque jóvenes aún, pues el mayor de ellos no pasaba de los veinte y cuatro años, todos tenían un raro consorcio de la vida. Era como si llevaran el peso del siglo en los hombros; como si ellos fueran los responsables de que la vida industrial en Inglaterra se hubiera desarrollado al grado de ahogar todo sentimiento a lo bello. En esta última década del siglo diez y nueve veían su culminación las fuerzas expansionistas que habían producido tanta riqueza para la corona. Inglaterra ahora descendía a causa del exceso y al mismo tiempo daba los primeros pasos en descenso. Los jóvenes sentían la necesidad de un movimiento renovador, pero la cultura de occidente iba en decadencia y eran arrastrados por ella. En sus protestas raquíticas, algunos llegaban a desear la muerte; otros huían de la realidad a base de mentiras y vicios. D.H. Lawrence no tardaría en lanzarles sus novelas fuertes, de un análisis casi científico, a la cara. Pero en la misma ansia de vida normal y vigorosa, Lawrence también revelaba la poca satisfacción que la realidad ofrecía. Era como si quisiera sustituir la vida misma con sus descripciones vividas y exactas. Parecía más bien un médico que prescribiera a su enfermo una receta para sanar. Pero una receta harto difícil de llenar.

Arthur Symons era uno de aquellos que deseaban la muerte después de haber querido inyectar vigor en sus venas por medio del pecado. A los veinte y cuatro años decía:

"I have outlived my life and linger on...
What joy is there in all I look upon?
I cannot sin, it waries me. Alas!
I loathe the haggard moments as they pass;
I tire of all but swift oblivion." (1)

Como era de esperarse Oscar Wilde conocía a la mayoría parte de estos poetas y recibía su admiración. Una vez Lionel Johnson fué a la clase de Wilde en Tite St. acompañado de un joven poeta que deseaba conocer al autor de "El Retrato de Dorian Gray". Era Lord Alfred Douglas. Wilde quedó impresionado tanto por la hermosura y juventud del muchacho como por su título nobilitario y su talento. Faltándole a su costumbre lo llevó al salón para presentarlo a su esposa. Y hubo simpatía instantánea entre los dos seres que estaban --

predestinados a ser enemigos. Lord Douglas dice al respecto:

"La señora Wilde y yo siempre fuimos buenos amigos.-- Le simpatizaba y ella me simpatizaba. Me dijo, más o menos -- un año después de conocerla, que me prefería a cualquiera de los amigos de Oscar. Con frecuencia venía a la casa de mi madre, y asistió a un baile que mi madre ofreció durante el -- primer año de mi amistad con su esposo. Después de la "débacle" nunca le volví a ver, y no dudo de que Ross y otros hayan tenido éxito en infiltrar ideas en su cabeza en contra -- mía, pero hasta el último día de conocerme siempre fuimos -- buenos amigos". (2).

En realidad la inocente Constance no podía sospechar de aquella cara delicada y angelical, casi femenina en sus -- facciones. No se imaginaba que bajo ese contorno se escondía un carácter racco y despectivo, y un pasado que dejaba mucho que desear. Si Arthur Symonds estaba nostálgico de "pecar", Lord Alfred Douglas jamás se había preocupado gran cosa por hacer una distinción entre el bien y el mal, dando rienda -- suelta a cuanto impulso llegaba a su ser, sin fijarse en las consecuencias. Como pertenecía a una de las familias más -- ricas y poderosas de Inglaterra se había desarrollado en él, -- desde la infancia, un serio complejo de superioridad. Se sentía muy por encima del vulgo. Él:

"...was of the world's top, born to bask
In its preferent where the augurs sit,
And where the Devil's grace to counterfeit,
Is all the tribute that the augurs ask". (3)

Insolente, tal nos lo presenta Adré Gide en sus memorias de Oscar Wilde. Y petulante.

El padre de Alfred Douglas, octavo marqués de Queensbury, había abandonado a su esposa después del nacimiento de su hijo, y no satisfecho con haberlo humillado, con frecuencia le dirigía insultos de los más quemantes. En una carta -- a su hijo le decía: "Si no eres mi hijo, y en este país, tan cristiano, con tantas hipócritas, es un padre sabio -- el que conoce a su hijo". Se dice que el marqués sufría una enfermedad mental y que tenía ganas de perseguir a su esposa y de -- querer ejercer autoridad en sus hijos, los cuales habiendo pasado toda su vida al lado de la madre, y viendo lo injusto -- que el marqués era, no sólo lo ignoraban, sino que en algunas ocasiones se esmeraban en mostrarle su desprecio. Alfred tenía particular habilidad para enfurecer a su padre. Cuando -- por cualquier motivo, y éstas eran innumerables, el marqués -- reprendía a Lord Alfred y lo amenazaba con desheredarlo, el insolente muchacho le mandaba tarjetas postales abiertas diciendo: "Que hombrecito tan cristiano eres".

Lord Alfred Douglas había heredado de su padre el -- carácter fuerte; de su madre su hermosura y sus exquisitos --

gustos artísticos. Desde muy joven se sintió atraído por la música. Diariamente iba a la iglesia para escuchar el coro y el órgano. Más tarde la poesía lo sedujo definitivamente. Era buen poeta. En una revista universitaria, "The Oxford Magazine", publicó un poema suyo titulado, "Autumn Days", en donde revelaba una naturaleza apasionada. Y no tardó en editar su revista propia, "The Spirit Lamp". En uno de los números apareció una composición de Oscar Wilde, "The New Remorse". -- El remordimiento, sin embargo, tenía poco significado para -- Douglas. El mismo nos dice en su autobiografía que aun antes de entrar a Oxford era "un pillo hecho y derecho, listo para cualquier perversidad". Una vez en Magdalen College su sentido moral se destruyó por completo y "después de sufrir repugnancia y oestron resistencia", aprendió "a hacer lo que -- todo el mundo practicaba".

Debido a las características citadas no sorprende saber que Douglas, al salir de la casa en las calles de Tite, -- tuviera ya un compromiso con Wilde para almorzar al día siguiente. La simpatía había sido mutua e instantánea. A Douglas le atraía que un literato de renombre lo admirase, y Oscar se sentía fascinado por el nombre histórico de Alfred y desde luego por la juventud de éste. Las ideas de ambos -- eran muy parecidas, aunque es posible que hubiera más firmeza en las opiniones de Douglas, a pesar de ser el más joven. Lord Alfred Douglas desde muy pequeño se había formado un -- juicio de la vida muy parecido a aquel al que Wilde había llegado últimamente. Los dos sostenían que la mentira y la imaginación eran superiores a la verdad y a la realidad. Como -- consecuencia tenían una opinión excelente de sus personas. -- Wilde, debido a sus éxitos literarios se sentía muy superior al hombre medio, además sus triunfos sociales se le subían -- un poco a la cabeza. Lord Alfred Douglas estaba seguro de -- haber heredado la grandeza de sus antepasados y también se -- sentía apartado de los seres comunes debido a su temperamento artístico. El arte y la belleza eran las únicas deidades -- que reinaban en sus vidas. Con esta afinidad de caracteres -- e ideas era muy difícil que después de encontrarse llegaran a aceptar una separación. Según Wilde, la amistad con Douglas llegaba a la perfección, era completamente espiritual -- y desinteresada. Pero el cínico Douglas le recordaba de vez -- en cuando que sólo nueve meses después de conocerse ciertas -- "familiaridades", como Alfred prefería llamarlas, habían tenido lugar.

Pero no cabe la menor duda de que entre ellos hubo una fuerte atracción. Contrario a lo que era de esperarse, Oscar no se sorprendió de su esposa, como lo había hecho Verlaine de -- aquella delicada jovencita que había acogido como compañera de vida, sino que desde el primer día que conoció a Douglas -- se mostró más amable con Constance. Estaba demasiado contento para ocultar su felicidad. Y la sencilla Constance viendo el -- cambio favorable que se había operado en Oscar debido a su -- nueva amistad, invitaba a Douglas con frecuencia a cenar con --

ellos. De sobremesa Oscar contaba las últimas ocurrencias de sus hijos:

Una vez estaba yo en mi despacho- decía Wilde con su acostumbrado buen humor- cuando mi esposa me llamó para decirme que Cyril se había disgustado con Vivyan y rehusaba decir sus oraciones antes de acostarse. Subí al cuarto de los niños y reproché a Cyril por travieso.

Yo no soy travieso- dijo Cyril con toda seriedad- fué Vivyan. El es el travieso.

Entonces lo hice arrodillarse- continuó Oscar- y pedir perdón a Dios. Después lo tomé en brazos y lo besé. Constance se acercó al niño y le preguntó:

Le dijiste a Dios que estabas arrepentido y que te hiciera bueno?

Si mamá- contestó Cyril- le dije que estaba arrepentido y que hiciera a Vivyan un niño bueno.

Constance jamás llegó a sospechar el grado de amistad que había entre su esposo y Alfred Douglas. En su vida matrimonial todo acercamiento a Wilde había cesado desde hacía años, y ella estaba completamente dedicada al cuidado de sus hijos. De vez en cuando su nombre aparecía en la columna social de los periódicos, junto con la lista de invitados, después de haberse celebrado alguna reunión en su casa. También sus "at homes" recibían publicidad. Pero fuera de esas ocasiones ella guardaba silencio. La única distracción que tenía fuera del hogar era asistir a juntas espiritistas en compañía de su mejor amiga, la condesa de Brémont. Constance encontraba alivio a su soledad en el estudio del mas allá.

Sin obstáculo alguno, Wilde y Douglas, se dedicaban a pasear. Eran vistos siempre en los restaurantes de moda; con igual regularidad asistían a todas las "premier". Tenían la costumbre también de pasar el fin de semana en elegantes playas. A éstos últimos paseos la señora de Wilde los acompañaba, pero pasaba inadvertida. Wilde y Douglas recibían toda la atención.

Como en otros tiempos Oscar volvía a perder la tranquilidad. Diariamente enviaba telegramas y notas a Douglas; algunas veces Alfred recibía los o gramas mensajes al día. Las cartas eran verdaderos poemas en prosa:

"Mi niño:

Tu soneto es encantador y me maravillo que esos pétalos de rosa estén hechos tanto para la música como para la locura de los besos. Tu alma sutil y dorada camina entre la pasión y la poesía. Yo sé que tu eres el Jacinto de los tiempos griegos, aquel que Apolo amaba con locura.

Porqué estás solo en Londres, y cuando saldrás para Salisbury? Ve allá para que refresques tus manos en el crepúsculo gris de las cosas góticas, y ven a verme cuando quieras. Este es un lugar encantador, solo tú haces falta en él; pero ve primero a Salisbury.

Siempre con amor eterno,
Tuyo,
Oscar Wilde". (4).

Como un eco Alfred Douglas no tardaría en usar las palabras de esta carta en un poema suyo titulado, "In Sarum - Close", imprimiéndoles, desde luego, la nota típica de la nueva juventud, de sociedad y de cansancio:

"Tired of passion and the love that brings
Society's unrest, and failing sands
Of life, I thought to cool my burning hands
In the calm twilight of gray Gothic things" (5)

Y Douglas recibía también poemas. Sólo que Wilde había cambiado su técnica, gran cosa desde los tiempos en que cortejara a Lily Langtry, y le enviaba composiciones suyas publicadas ya hacía unos años. En el número XII de la "Court and Society Review", en 1887 había aparecido un poema suyo que ahora entregaba a Douglas:

"Who cometh in dyed garments from the South?
It is thy new found Lord, and he shall kiss
The yet unravished roses of thy mouth,
And I shall weep and worship as before". (6)

A Douglas le conmovía recibir palabras tan elocuentes.

Contrario a lo que se cree, la influencia de Alfred Douglas fue benéfica en la obra literaria de Oscar Wilde. Oscar ya no escribía más novelas con horribles vicios asombrando por rincones oscuros, ni ensayos de exquisita sensualidad torcida. Su teatro surgiría lleno del inimitable humorismo irlandés. Wilde escribía ahora con una nueva energía. Con una energía que revelaba un nuevo goce de vivir. Por Alfred Douglas lo impulsaba a la acción. Lo hacía sentirse más joven y ágil. En la compañía de Douglas, Oscar encontraba pocas cosas imposibles de poder hacer. Era como si de pronto toda la insatisfacción de los años pasados se desvanecía dando lugar a un sentido de comunión nuevo para él. Ya no había encontrado mayor afinidad en otro ser viviente. Ahora podía expresar su más leve pensamiento con la seguridad de encontrar comprensión. Que más podía desear? Su humor se desbordaba en risa. Sus palabras brotaban aún con más agilidad que antes. Y no tardaría en presentar sus comedias, producto de este nuevo y alegre estado de ánimo. Comedias que conseguirían a todo Londres con su alegría.

CAPITULO VIII.

SALOME.

Indignadísimo Oscar Wilde escribía en revistas y en periódicos protestando en contra del gobierno inglés. En ningún país del mundo se cometían injusticias tan graves, ni se encontraba un pueblo más dócil que el inglés para tolerarlas. Y Oscar no sólo pensaba en abandonar su patria, sino en perderla para siempre nacionalizándose francés. Amenazaba con hacer su maleta y tomar el primer barco al continente. Poco después, sin esperar un momento más, convencido de la certeza de su juicio, escribía una carta abierta a uno de los redactores del "Gaulois" en París:

"Señor: Mi resolución ha sido tomada libremente. Desde el momento en que es imposible presentar una obra de arte en Inglaterra, me cambiaré a una tierra de la cual he estado enamorado desde hace mucho tiempo..." (1)

La censura inglesa había impedido la representación de su drama "Salomé". Su magnífica obra dramática se iba a perder por causa de una cosa tan absurda como lo era una ley, sobre todo una ley inglesa. Y Oscar veía diluirse en el espacio su sueño más ambicionado. Todo había estado listo para la apertura: se había escogido el teatro "Palacio", uno de los mejores en Londres, para la presentación de ese drama que tanto éxito prometía. El papel principal lo iba a interpretar nada menos que la famosa Sarah Bernhardt; el de Herodes el gran actor, M. Albert Darrault. Los ensayos se habían deslizado sin ninguna dificultad, el vestuario era de lo mejor, la escenografía maravillosa y la dirección perfecta. Pero su obra maestra, fruto de su exquisita sensibilidad de artista desaparecía para siempre debido tan sólo a un gesto ridículo del Lord Chamberlain. La Bernhardt, al escuchar la primera lectura de "Salomé" había exclamado entusiasmada: "Monsieur est hérédique; on dirait une tragédie". E inmediatamente imaginándose en el papel de Salomé, virgen inocente y cruel cuya tragedia interna tenía un desenlace tan terrible, había atalado con tino genial: "Le mot doit tomber comme une pierre sur un disque de cristal; pas de mouvements rapides, des gestes stylisés." Con la finura de su temperamento Sarah había captado el ritmo y la intensidad del drama, viendo en la cadencia sentenciosa de las palabras un gran valor dramático. La repetición de frases y palabras, lejos de parecerle monótona, prestaba al drama una atmósfera de fatalidad necesaria.

Oscar Wilde había escrito por primera vez en francés. Posiblemente a ese factor se debiera, en parte, la gran sencillez en el estilo que se había visto obligado a guardar:

Hérode... N' est-ce pas qu'il y a du vent?

Hérodiás Mais mon. Il n'y a pas de vent.

Hérode Mais si, il y a du vent... Et j'entends dans l'air quelque chose comme un battement d'ailes, comme un battement d'ailes gigantesques. Ne l'entendez-vous pas?

Hérodiás Je n'entends rien.

Hérode Je ne l'entends plus moi-même. Mais je l'ai entendu. C'était le vent sans doute. C'est passé. Mais mon, - je l'entends encore. Ne l'entendez-vous pas? C'est tout à fait comme un battement d'ailes." (2)

Sin embargo el trabajo concluido superaba a "Hérodiás" - de Flaubert. El autor francés había hecho una narración pausada, sin grandes conflictos ni crisis agudas. El pasado surgía de -- su pluma de nuevo lleno de color, como una pintura natural, pero le faltaba movimiento, acción. Oscar, al contrario, inyectaba vida a un pedazo del pasado y lo presentaba palpitante: Herodes, lleno de un amor incestuoso por su hijastra, le concedía un favor, cualquiera que fuese, por una danza. Herodias, madre de Salomé y esposa de Herodes, aguardaba celosa. El joven Ciriaco estaba fascinado por Salomé. Y Salomé ardía en amor por el profeta Iokanaan. La luna, pálida y amenazadora colgaba en el firmamento, hasta que cayó la cabeza de Iokanaan, entonces una nuba -- rrrón lo cubrió. Tales eran las fuerzas que Wilde empleaba para -- desarrollar su tragedia, su magnífica tragedia que no pudo presentarse al público inglés por que los caracteres habían salido de las páginas de la Biblia.

Desafortunadamente, Oscar no cumplió su promesa de abandonar Inglaterra. Si lo hubiera hecho es probable que se hubieran evitado los años de angustia que lo esperaban; sin duda que Francia al juzgarlo se hubiera mostrado más benigna. Pero Oscar no podía adivinar lo que el destino le reservaba. Tristemente -- tuvo que conformarse con la publicación de su obra y de algunos artículos más en defensa de ella. Ahora se lamentaba de -- que en Inglaterra hubiese tan pocos verdaderos actores que defendiesen su derecho de presentar ante el público una pieza de su agrado, cualquier pieza en la cual ellos pudieran expresar -- plenamente sus naturalezas artísticas. Pero no podía hacer más. Como Sarah Bernhardt no era inglesa, "afortunadamente," le prometió que su drama sería presentado en su propio teatro en -- Porte St. Martin, París, a su regreso. Y la edición de su libro, a causa de la publicidad recibida, se vendió rápidamente. Un factor que contribuyó a su éxito fue la ilustración de ella hecha por el cruel genio de Aubrey Bearsley. Aubrey Bearsley -- a los diez y seis o siete años mostraba una peculiar madurez -- en sus dibujos; la perfección de su línea tenía a todo Londres sorprendido. Era un joven de pelo castaño, de ojos azules y de constitución enfermiza. Y tal parecía como si esa enfermedad -- quedase impresa - - - - -

en toda su obra. Como la mayor parte de los jóvenes de la nueva generación de artistas, Aubrey tenía una actitud mórbida ante la vida. Sus figuras salían de las sombras terribles y deformes. Quién, mejor que él, podía interpretar el fin trágico de un amor incestuoso? Y las ilustraciones del libro llamaban tanto la atención como el contenido de él; para muchos tenían mayor mérito. Oscar solía decirle:

—"El ajeno se compara con otras bebidas como tus dibujos con otros cuadros, es único. No hay nada que lo igualo; resplandece como las luces del sur en colores de ópalos; tiene algo de la seducción de pecados raros. Es más fuerte que cualquier espíritu, y llega a lo subconsciente en el hombre. Como tus dibujos, Aubrey, penetra por los nervios y es cruel. Baudelaire llamó a sus poemas "Fleurs du Mal", yo llamaré tus dibujos "Fleurs du Peche". Cuando estoy ante tus dibujos quiero beber ajeno, que cambia de color como el jodo en el sol y que adormece los sentidos, y entonces puedo vivir en los tiempos de la Roma imperial, en la Roma de los últimos Césares.

No se te olviden los placeres sencillos de aquella época, Oscar, decía Aubrey. Nerón prendió fuego a los cristianos, como a enormes velas de ceto, y dieron, según se sabe, la única luz que los cristianos hayan dado, añadió él con una voz suave y lánguida."(3)

Pero esta aparente apreciación de un artista por el otro no era sino una cortesía. A Oscar le antipatizaba infinito la indolencia del muchacho, y se sentía un tanto incómodo ante la exaltación que éste recibía, pero como buen inglés Wilde difícilmente daba opiniones personales, a menos que fuesen favorables. Aubrey Beardsley, joven al fin, jamás demostró más que desprecio por Oscar. Le chocaba su manera monopolizadora y su vestido aparatoso.

Beardsley hizo una traducción de "Salomé" al inglés, pero Oscar no la aceptó para su publicación. Más tarde el antagonismo entre ambos llegaría al grado de hacer a Aubrey decir: "Odio a Oscar con un odio que me es necesario". Y Wilde, a su vez, jamás permitió que existiera ni una edición de "Salomé", con ilustraciones de Aubrey, en su biblioteca. Años después Lord Alfred Douglas, con todo cuidado, haría una traducción, en la cual, a pesar de las diferencias, de las dos lenguas, se conserva gran parte de la musicalidad y sencillez de su modelo francés. Es un trabajo hecho con toda la apreciación posible de un artista para otro, y la mejor traducción que se conoce de la obra.

En esta época Wilde escribía con una rapidez increíble. "Salomé" la había terminado en unas cuantas horas. Posiblemente a esto se deba que conserve la atención emotiva y ritmo tan bien guardados a través del drama. Un año antes había terminado un libro suyo de historietas cortas titulado

do, "El Crimen de Lord Arturo Savile y otros Cuentos", y a los cuatro meses se había publicado otra serie de cuentos infantiles, "La Casa de Granadas", pero Wilde había cambiando un poco de actitud y decía: "Al construir esta casa de granadas tuve tan pocos deseos de agradar al niño inglés como de agradar al público inglés". Con o sin razón, Wilde en ese tiempo mostraba perfecto desdén por la opinión pública, y su comportamiento iba llamando más y más la atención. Como recibía una abundante compensación material por su trabajo literario se sentía muy seguro de sus méritos y actuaba siempre con aplomo. Algunas veces esta confianza en sí mismo sobrepasaba los límites del buen gusto, pero Wilde no se daba cuenta del peligro de su actitud. Iba por las calles sin ver a la gente. Poco a poco se acercaba al precipicio, pero él seguía con paso firme; la cabeza entre las nubes...

COMEDIAS TRIVIALES PARA GENTE SERIA.

Al iniciarse la última década del siglo pasado, la economía en Inglaterra empezó a tambalearse. La quiebra del Banco particular más grande, La Casa de Baring y Co., en 1890, dió principio a una serie de bancarrotas de empresas que produjeron la ruina de innumerables pequeños fabricantes. La burguesía, desconcertada ante este fracaso, se vió obligada a detener su paso marcial y volver la cabeza hacia atrás sólo para ver que gran cantidad de familias habían quedado en la calle; mientras que en la sombra iba surgiendo una fuerza nueva y amenazadora. Los obreros empezaban a organizarse y a dirigirle miradas irreconciliables. Nació el espíritu de insurrección y con él tomaban fuerza las ideas que Ruskin, Shaw y Dackens habían proclamado en sus conferencias y escritos. Un cambio palpable se operaba en la sociedad, un cambio que la burguesía observaba con desconcierto. Los largos años de especulación material no habían tenido el fruto deseado, de tranquilidad y de descenso. Dos años más tarde Bernard Shaw publicó su libro, "La Sociedad Fabiana; lo que necesita", decía: Es tan seguro que reaparecerá el espíritu de insurrección cuando llegue la próxima crisis comercial, como que el sol ha de levantarse mañana en el horizonte". Y desde entonces, poco a poco se habían ido acumulando las fuerzas que producirían la guerra mundial del catorce.

Para esta sociedad preocupada, Oscar Wilde escribió una serie de comedias, "Comedias Triviales para gente Seria", como las llamó con altivez. La gracia y el humor con que estaban escritas hubiera hecho sonreír aún a la persona más austera. Como en otros tiempos, el fin de Oscar no era el de hacer una crítica sistemática de la sociedad, sino el de divertir con su pensamiento ágil y alegre.

Si de vez en cuando hacía una pausa para señalar a la aristocracia sus defectillos, lo hacía de una manera tan amable, que esta, en vez de incomodarse, se mostraba ufana de ellos. Además observaba, con toda minuciosidad la ética puritana. En ninguna de sus comedias el hombre malo es recompensado; como tampoco la mujer buena castigada. En "Una mujer sin importancia" las leyes morales se cumplen tan bien que el público siente verdaderas ganas de aplaudir cuando la señora Arbuthnot arroja valientemente su guante en la cara al "villano", en la última escena de la comedia. Sin embargo, el éxito instantáneo que tuvieron no se debió a que Oscar contaba diligencia observara una moral rígida, sino más bien a que las presentara al público en el momento oportuno. Unos veinte y cinco años antes no hubieran encontrado un aplauso tan general. La burguesía entonces estaba demasiado ocupada con su floreciente economía. Pero ahora Oscar ofrecía una diversión en el momento preciso en que la incertidumbre se posesionaba de la sociedad, y el fracaso la obligaba a cambiar su actitud. La burguesía buscaba el olvido en la risa, y acudía al teatro buscando encontrar la tranquilidad que había dejado de sentir. Además estaba ya cansada de su propia seriedad, y presentía que los largos años de trabajo habían sido en vano. Para Inglaterra entonces se abría una etapa nueva. Una etapa que empezaba con una sonrisa Wildeana, y que terminaría... con un gesto trágico, Wildeano también.

"El abanico de Lady Windermere" se convirtió en la llave mágica que abrió de par en par las puertas del éxito para Oscar Wilde. Presentada el 20 de noviembre de 1892 en el Teatro de San Jaime, recibió el aplauso unánime del público inglés. Por fin Oscar encontraba el mejor medio para dar a conocer su verdadero talento como ingenioso dialoguista y actor. Ambas características suyas lo habían apartado del vulgo desde hacía tiempo, dándole, según unos, un matiz de inconfundible encanto a su persona; según otros, notoriidad y algo en qué pensar. Pero nadie dudaba que Wilde fascinaba al hablar. Las palabras brotaban de sus labios con toda la música y gracia del agua de una fuente cristalina, cualidad que quedaba impresa en su teatro admirablemente. Tampoco nadie dudaba de su profundo conocimiento de la actuación meditada. Esta característica suya había tenido cura en su hogar, al lado de su madre, y se había desarrollado plenamente en Oxford y en su viaje a América. Ahora, después de años de práctica constante, él entregaba al público inglés una buena reproducción de su persona. El diálogo que usaba era el que el mismo empleaba en su charla diaria; muchas de sus salidas ingeniosas habían sido escuchadas y aprobadas por sus amigos. Más aún, algunas veces creaba situaciones especiales para dar entrada a alguna frase que él consideraba de valor humorista. Y quien mejor que Oscar conocía el efecto de una actuación acertada? Su técnica personal lo había dado fama, no sólo en Inglaterra sino en países extranjeros. Tan conocido era como -

dialogista que como "poscúr". En su teatro unía precisamen-
te estas características, que aún separadamente le habían
dado el triunfo. Casi a consecuencia surgía la comedia Wil-
desna, única en su género. En ningún otro género hubiera -
obtenido un éxito tan rotundo. Era un género muy especial.
Era una comedia de "modales", no amañada como muchos se
inclinaban a creer. Y estas comedias ligeras serían digéri-
das fácilmente por la burguesía indigesta ya de estadísti-
ca.

Al terminar el último acto de "El abanico de Lady -
Windermere" el público entusiasmado clamó por el autor. Os-
car apareció en el foro con un cigarrillo a medio fumar en
tre sus dedos y con una sonrisa llena de satisfacción y a-
plomo. "Estoy tan contenta, damas y caballeros quepezó de -
que os gusta mi comedia. Estoy casi seguro de que estimáis
sus méritos tanto como yo". Todo mundo se echó a reír. En-
tonces Oscar felicitó a su auditorio por su buen gusto y -
salió entre vivas y aplausos. Había tenido un éxito comple-
to. Londres estaba a sus pies. Durante los siete días que
siguieron, no se habló de otra cosa. Frank Harris lo encon-
traba superior a Shakespeare; seguramente más ingenioso y
de humor más sutil. Además su comedia se encontraba en un
plano intelectual más elevado. La señora Leverson hizo que
"Punch", periódico de la clase media y enemigo acérrimo de
Oscar Wilde, publicara notas favorables. El señor Archer,
crítico de "The World", opinó que era una obra maestra en
virtud de sus cualidades dramáticas. Y Oscar se convirtió
en el ídolo de Londres de la noche a la mañana. Y en los
tres años que siguieron, Oscar, aparentemente sin esfuerzo
alguno, escribió tres comedias más. Todas tenían el sello
inconfundible de su humor; todas tenían la misma gracia. A
principios del año de 1895 se presentaron simultáneamente
dos de sus comedias en los dos principales teatros de Lon-
dres. Ni Oscar mismo se había imaginado que su triunfo se-
ría tan completo. Sin embargo hubo algunos que no dejaron
de importunarle. Pero fueron pocos. Su genio hacía olvidar
sus defectos cualesquiera que fuesen. Su magnífico humor -
brillaba deslumbrando a la gente que acudía a él y sucum-
bía ante él como las libélulas ante la luz.

En nuestros días de "democracia" las figuras de Os-
car Wilde nos parecen artificiosas. Se mueven con una ele-
gancia calculada y tienen actuar con naturalidad por miedo
de confundirse con las clases inferiores:

Lady Bas. Ah! I hate being educated.

Mrs. Mar. So do I. puts one almost on the level with
the commercial classes, doesn't it? (5)

Y dos inglesas hablan de la americana Miss Woreley:

Mrs. All. What is that dreadful girl talking about?

Lady. Stu. She is painfully natural, is she not?(6)

Tanto hombres como mujeres están tan acostumbrados a vivir en "rose", que el ser natural llega a ser la cosa más difícil:

Sir Roberto. You prefer to be natural?
Mrs. Chev. Sometimes. But its such a difficult pose to keep up. (7)

Desde luego que si alguna de sus figuras se trasladara a un escenario moderno resultaría divertida. Si alguno de los caracteres de "El Zurdo" de Clifford Odets o de "Las Uvas del Rencor" Steinbeck se encontrara cara-a cara con Lord Goring sostendría un diálogo ininteligible. Viven en mundos opuestos. Los primeros son sencillos hombres norteamericanos; Lord Goring un noble inglés. Han transcurrido tan sólo cincuenta años entre la aparición del uno y la de los otros, pero la diferencia entre ellos es enorme:

Lord Goring es retratado por un decadentista que se esmera en retratar fiel, aunque humorísticamente, una clase social en decadencia. Una clase que está predestinada a una próxima extinción. Cree como Wilde, que el no hacer absolutamente nada es el fin supremo, y llega a los treinta y cinco años sin haber desempeñado mayor labor que la de cumplir con sus compromisos sociales como cualquiera mujer. Desde luego que esto no está mal visto en esa "delicada" sociedad que Oscar pinta tan bien. Todo lo contrario. Lord Goring recibe la admiración general. Y Mabel, tipo perfecto de la hermosura femenina inglesa lo defiende cuando el padre de éste lo critica:

Mabe. How can you say such a thing? Why, he rides in the Row at ten o'clock in the morning, goes to the opera three times a week, changes his clothes at least five times a day, and dines out every night of the season. You don't call that living an idle life, do you? (8)

Y Oscar Wilde pinta a esta sociedad inglesa no como un curioso que se acerca y la observa impersonalmente, sino como un "habitué", acostumbrado a recibir favores de ella. En un verdadero "dandy". Gutiérrez Nájera en México, se asemeja a él en esta sentido. Aunque era un pobre periodista, pues tenía que trabajar para mantenerse, siempre gustaba de pasearse por los lugares de moda luciendo la última novedad en trajes, y a su esposa, una mujer por demás sencilla, la llamaba su "duquesa". Oscar Wilde se sentía verdadero aristócrata. Se identificaba siempre con una clase que día a día iba perdiendo el poder.

La figura de Tom Joad, traída con tanto realismo al escenario moderno por John Steinbeck, está llena de energía. Tiene el germen de la lucha. De la lucha eterna -----

del hombre por la vida. Es vigorosa. Tom piensa, como Steinbeck, que la lucha del hombre por la justicia es necesaria. Es característica del hombre el vencer obstáculos. Muy joven aún dá muerte a un amigo suyo en defensa propia. Es mandado a la cárcel donde permanece por algunos años. Al salir se dá cuenta que en el mundo actual las condiciones han cambiado al grado de que el hombre ya no puede, con su trabajo, ganar lo suficiente para vivir. Entonces, después de pasar toda clase de penalidades, decide luchar para que estas condiciones cambien. Y a pesar de la magnitud de su tarea decide poner todo su esfuerzo para conseguir su fin. Es una figura pequeña que tiene toda la fuerza de una muchedumbre. Está bien delineada. Es la misma figura que poco a poco fué surgiendo en la literatura del siglo pasado y que hasta este siglo ha alcanzado la perfección. Dickens, George Sand, Zola y Hardy empezaron a trazar esa silueta, en un principio exagerada y grotesca, que hoy en día domina en la literatura. Silone, Azuela, Rómulo Gallegos, John Dos Passos, Odets y Steinbeck la han hecho intensamente humana. Los hombres de la novela contemporánea son hombres sencillos que vencen obstáculos para tener éxito en un mundo en donde la competencia ha suplantado a la cooperación. Son hombres que se mueven por pasiones. Que aman, odian, dan puntapiés y escupen. Son gentes que en el torbellino de la vida quieren cambiar de suerte. Son "los de abajo" en efervescencia, vigorosos y optimistas. Son figuras nardo distintas a las de Oscar Wilde. Las de Oscar Wilde son meros residuos de aquellas que en tiempos de Shakespeare tenían coraje para luchar. Que se lanzaban a la vida sin titubeos, triunfaban o fracasaban; tenían defectos y cualidades. Las mujeres eran arrastradas por sus pasiones hasta el grado de matar; los hombres... Las figuras de Wilde son tan artificiosas, tan de salón, que temen salir al campo por miedo de perder su sofisticación:

Mrs. All. But somehow I feel sure that if I lived in the contry for six months I would become so unsophisticated that no one would take the slightest notice of me. (9)

Sin embargo hay que reconocer que dentro de su propio artificio, esos caracteres son consistentes consigo mismos:

Lord III. One should never take sides in anything, Mr. Kelvil. Taking sides is the beginning of sincerity, and earnestness follows shortly afterwards, and the human being becomes a bore (10)

Al crear estos tipos, Wilde los había hecho vivir su propia filosofía. Esa filosofía que se había aclarado tan bien en su mente después de haber sufrido su primera decepción en el matrimonio. Entonces lejos de encontrar a la naturaleza bella, la había encontrado cargada de defectos. Seguramente que él, con el poder de su imaginación, podía modificar

la. Y se había dedicado a hacerlo. Buscaba satisfacción en las emociones extraordinarias, raras. La pasión por lo antinatural, por lo que no era "vulgar", lo condujo por caminos insospechados. El mismo quedaría sorprendido ante el desenlace final. En esta actitud de desdén a lo "común", a lo natural, él encontró inmediata comprensión en la aristocracia inglesa. La simpatía era mutua. Para ambos la sinceridad era una cosa "aburrida", - y en cuanto a la moral:

(Mrs. Erl. My dear Windermere, manners before morals.) -- Los modales se convierten en la máxima cualidad humana. Lo demás era secundario. Así todo su teatro quedaba sellado con esta característica que estaba tan de moda en la aristocracia y que Oscar había recogido tan acertadamente. La emoción y la pasión de que tanto hablaba Oscar eran cosas que se amoldaban a otras de más importancia como lo eran la moda y los modales:

Mrs. All. The secret of life is never to have an emotion that is unbecoming. (11)
o mejor aún:

Lord III. People now-a-days are so absolutely superficial that they don't understand the philosophy of the superficial. By the way, Gerald, you should learn how to tie better. Sentiment is all very well for the button-hole. But the essential thing for the necktie is style. A well tied tie is the first serious step in life. (12)

Al preferir la mentira a la verdad, Wilde indudablemente encontraba la realidad poco agradable. Al huir de ella, Oscar mostraba una característica que sería la causa fundamental de su ruina. Así como tenía facilidad para imaginar, así tenía dificultad para enfrentarse con los hechos. El mundo real le -- importaba verdaderamente poco; toda clase de lucha le parecía tan despreciable como desarmoniosa. Más tarde, cuando todo su bienestar futuro dependería de su clarividencia para comprender su situación real, él, poco acostumbrado a enfrentar situaciones difíciles, sucumbiría. De esta manera él mismo demostraría lo falso de su propia filosofía. Pues a pesar de sus magníficas "intenciones" jamás pudo convertir en encantador casti -- llo medieval las anchas y frías murallas de su prisión. Sólo -- pudo lamentarse amargamente desde el fondo de su ser. Pero su brillante y ágil humor había desaparecido.

Si los modales distinguen esencialmente a los personajes de Oscar Wilde eso no quiere decir que no tengan otras características. Las mujeres sobre todo estaban bien delineadas. -- Ninguna de ellas jamás hace un gesto que indique otra cosa que su exquisita feminidad. Los hombres algunas veces tienen una -- constitución delicada para su sexo, pero las mujeres siempre -- poseen alguna cualidad particularmente femenina. Son hermosas -- o buenas; abnegadas o fascinadoramente egoístas; hipócritas o --

fieles. Y sorprenden los conocimientos de psicología femenina - de Oscar Wilde. Lady Windermere, Mrs. Arbuthont, Miss Worsly, - Mrs. Cheveley, Lady Chiltern, todas se mueven sin hacer movi- mientos desarmoniosos.

Las tramas en general se desarrollan con la mayor faci- lidad, y hay abundancia de situaciones gramáticas bien coordina- das. Sin duda que Oscar conocía la técnica del teatro y tenía - la necesaria experiencia personal para medir las reacciones que cada uno de sus comentarios graciosos obtendría de parte del -- público. Estos se observa con mucha mayor claridad en "La impor- tancia de llamarse Ernesto". No transcurren cinco minutos desde que se levanta el telón cuando ya el público ha captado perfec- tamente el ritmo ligero de la comedia y ríe alegremente, fascina- do ante la destreza con que Wilde lanza sus graciosos comenta- rios al aire.

CAPITULO IX.

LA DEBACLE.

En un apartamento a unas cuantas cuadras del Parlamento Inglés, vivía Alfred Taylor. Alfred Taylor era un joven de su- na familia que había recibido una educación esmerada. El gusto extraordinario que desplegaba en el arreglo de sus habitaciones llamaba la atención de cuantos lo visitaban. Pesadas cortinas- cubrían las ventanas con el objeto de ocultar la luz del día, y toda la iluminación provenía de velas y candelas. Divanes -- lujosos, al estilo oriental, adornaban sus salones, y en la -- alfombra, suntuosamente gruesa, se encontraban enormes cojines. Todo invitaba a la voluptuosidad. Con frecuencia Alfred Taylor era visitado por elegantes caballeros. En tales ocasiones ocupa- baba varios majordomos, jóvenes y bien parecidos, para que le- ayudaran a servirlos. La propietaria del edificio, a causa de- esto, se mostraba muy satisfecha de su inquilino. Además Alfred Taylor pagaba la renta con exacta regularidad. La señora igno- raba que el apartamento estuviera vigilado por la policía.

Entre las personas que de cuando en cuando concurrían - a las habitaciones de Taylor se encontraban Oscar Wilde y Lord Alfred Douglas. Así en diversas ocasiones, había conocido a -- varios jóvenes de extrajo atractivo; jóvenes que de acuerdo con su naturaleza, mostraban una rara amabilidad. Y Oscar Wilde y - Lord Alfred Douglas, para corresponder, solían hacerles numero- sas regalos: Cigarreras, corbatas, plumas fuertes, libros, etc.-- Algunas veces Douglas, debido a dificultades económicas que -- tenía en su hogar, por haber rehusado a inscribirse en Oxford - para continuar sus estudios, se tenía que conformar con darles- ropa que él ya no usaba. Y con frecuencia, en las bolsas de los sacos que regalaba, se quedaban los cortos poemas en prosa que- Wilde solía mandarles. Oscar no sospechaba que sus cartas llega- sen a más oídos que a los de Douglas.

Una noche, mientras que Wilde leía descansadamente en --

su biblioteca, llegó un hombre a preguntar por él. Se llamaba Allan. Era conocido de Taylor. Al preguntarle Oscar por el objeto de su visita, le contestó Allan sin intimidarse.

Una persona me ofrece sesenta libras esterlinas por esta carta suya. Y mostró una de sus cartas dirigidas a Douglas.

Acepto la oferta, respondió Wilde con aplomo. A mi nunca se me ha pagado una suma tan crecida por un trabajo tan corto. No sabía que hubiera en Inglaterra una persona dispuesta a pagar esa cantidad por una de mis cartas. Y se dirigió a la puerta. En el trayecto Allan cambió de actitud. Con voz llorona contó a Wilde la triste historia de su familia. Wilde se compadeció y le regaló un poco de dinero, y Allan salió. Pero no habían transcurrido quince minutos cuando otro individuo llamaba a la puerta preguntando por el señor Wilde, y sin explicación alguna dejaba la carta que unos minutos antes había estado en poder de Allan.

Esta fué la única vez que Wilde fué importunado por Allan. Sin embargo, Oscar, en vez de preocuparse ante la gravedad de la situación, prefirió olvidarla embriagándose en el aplauso de su público que día a día aumentaba. Seguramente que no tenía tiempo que perder, fijándose en detalles insignificantes. A sus oídos no llegaba todavía el murmullo producido por el oleaje de rencor y malicia que empezaba a levantarse por las calles de Londres. Todas las personas a su alrededor lo miraban como a un semi-Dios. Y Oscar complacido se rebaba cada una de esas miradas con sus gruesos labios carnosos. Nada le satisfacía más. No podía imaginarse que en el momento de su mayor triunfo pudieran surgir las fuerzas destinadas a destruirlo. Personas que lo habían conocido años antes lo encontraban diferente. La sensibilidad se desparramaba de él como la espuma de un barril de cerveza. Su hermano mismo no podía comprender el cambio ocurrido. Oscar había perdido todo sentido de la realidad. Prefería el más absurdo alabago a la más leve indicación sobre su obra o su persona. No toleraba que personas, inferiores a él, osaran criticarlo. Algunos de sus amigos intentaban advertirle el peligro de su actitud, en vano. Y así Wilde había ido perdiendo la amistad de personas sinceras, rodeándose de aduladores. Con el aplauso general del público inglés en sus bolsillos se sentía muy seguro de su valer. Iba por Inglaterra a todos los lugares de recreo, acompañado de Lord Alfred Douglas. Su esposa ya no los acompañaba. En una ocasión habían llegado hasta el Cairo, sin preocuparse en lo más mínimo por la opinión pública. Ahora Oscar, bajo la impetuosa voluntad de "Bosie" la desafiaba. A propósito contaba las más felices ocurrencias de sus viajes con Bose por el continente en voz alta para que todos se enterasen.

En innumerables episodios contados por Oscar Wilde, y otros ignorados por él, llegaban a oídos del marqués de ----

Queensberry, padre de Bosie. Naturalmente que no encontraban -- su aprobación. No es que el marqués se preocupara gran cosa -- por el bienestar de su hijo, sino que la impertinencia del muchacho desde había tiempo venía incitando su ira. El marqués -- veía que se presentaba una magnífica oportunidad para ejercer -- con éxito su autoridad paternal. Hasta entonces todos sus esfuerzos en este sentido habían fracasado, pero el marqués -- con toda calma formulaba sus planes de venganza. Estaba convencido de la inutilidad de combatir a su hijo. Nada podía contra el -- cinismo de Lord Alfred Douglas. Pero Oscar Wilde era diferente. Con un sólo pañetazo el globo se desinflaría: el marqués -- estaba seguro.

Sin embargo, en su primer intento el marques fracasó. -- Fué arrojado de la casa en la calle de Tite, al querer amedrentar a Wilde con insultos y amenazas. Su segundo intento obtuvo un éxito completo. La tarjeta abierta que dejó dirigida a Wilde en el Club Albermarle, con un adjetivo calificativo en ella, -- fué entregada a Oscar diez días después de la fecha, cuando -- todos los miembros se hablan enterado del contenido. Oscar -- creyó verse forzado a entablar un juicio legal en contra el -- marqués por difamación. Lord Alfred Douglas, deseoso de dañar a su padre le aconsejó la acción inmediata. Y Oscar, influenciado por el imperioso muchacho, no escuchó los ruegos de sus -- amigos. Estos, en todos los tonos de voz, le aconsejaban salir de Inglaterra con su familia, o sencillamente, evitar a todo -- trance un proceso legal. Veían la imposibilidad de luchar en -- contra de la ley y el prejuicio inglés. Pero Oscar, compartiendo la opinión de Douglas, creía que la tribuna le daría una -- oportunidad más para hacer uso de su flamante ingenio, y tal -- vez convertirse en el héroe del día. Sin duda que obtendría un triunfo completo con sus palabras. No había sucedido así hasta entonces?

Y en realidad sus contestaciones en la corte fueron -- brillantes. Al hablar acerca de "Dorian Gray" el abogado le -- preguntó:

Usted dice que un hombre puede adorar a otro. Alguna -- vez ha adorado usted a algún hombre?

No, replicó Oscar suavemente, nunca he adorado a na -- die mas que a mí mismo. (1)

Todo mundo rió. Entonces Oscar prosiguió:

Hay gente en este mundo, siento decirlo, que no puede -- comprender al hondo efecto que un artista puede sentir por un amigo de hermosa personalidad. (2)

Esta vez reinó el silencio y una corriente de incompre -- sión pasó por el salón. Y en este ambiente árido sus palabras -- cayeron como en una caja sin fondo.

Verbalmente Oscar obtuvo un triunfo. Pero como podía -- comprobar su inocencia defendiendo la filosofía de la mentira? El juez quería hechos. El marqués de Queensber y los tenía. --

Se había preparado plenamente para defender sus derechos de proteger a su hijo. Una sola entrevista con Taylor había sido suficiente.

La única persona que posiblemente hubiera intervenido con éxito en favor de Wilde era Douglas. Este tenía suficiente evidencia en contra de su padre para hacerlo mediar-- sus pasos. Pero Lord Alfred Douglas no se presentó en la corte una sola vez.

A los tres días después de iniciado el proceso, Oscar Wilde vio la inutilidad de seguir combatiendo al marqués. Después de escribir una carta abierta al "Times" explicando su conducta retiró su demanda. Pero era demasiado tarde. El marqués se había propuesto ahora probar a Londres su derecho de haber usado aquel adjetivo calificativo en relación con Oscar. Y Oscar fue arrestado, a las cuantas horas de haber mandado su carta, a causa de una acusación del marqués.

Todavía Wilde tuvo una oportunidad más para huir al continente. Sus amigos reunieron la crecida suma de 5,000 libras esterlinas necesarias para su fianza. Sabían que el gobierno inglés jamás lo perseguiría. Pero Oscar estaba deshecho e incapacitado de tomar resolución alguna. A causa de la vida desordenada que había llevado, sus sentidos estaban embotados, y su carácter, débil desde joven, destruido. Lo único que hacía era lamentarse, en voz quejumbrosa, interminablemente.

En los últimos días, antes de que fuera sentenciado junto con Alfred Taylor a dos años de prisión con trabajo forzoso, caminaba como un somnábulo. Por lo súbito del cambio estaba incapacitado para darse cuenta cabal de lo que había pasado.

DE PROFUNDIS.

En una sombría celda, con un número por nombre, Oscar Wilde veía las horas pasar, una a una. Siempre hacia delante. Bajo la carga del pasado, sus pasos vacilaban. Porqué no se podía volver al tiempo atrás? Porqué no podía cuando menos ordenar los recuerdos que antes que se aglomeraban en su mente sin cesar? Y Oscar, todavía, de vez en cuando, dudaba de la realidad. La realidad, trágico fin. El único fin -- que su temperamento de artista había despreciado siempre.

Pero ni su celda, ni su número, ni sus recuerdos podían tanto como el silencio prolongado de Lord Alfred Douglas. En el año y medio que tenía en prisión Douglas no lo había visitado una sola vez, ni escrito. Una sola palabra suya hubiera bastado. Una palabra por la cual él pudiera ver que su sacrificio no había sido en vano. Pero no recibía nada. Nada.

Desconcertado ante este nuevo golpe, y no teniendo -- fuerzas para luchar, humildemente escribía a Douglas una -- carta. Una carta en la cual derramaba toda su amargura.

Con sollozos propios de un niño enumeraba todos los -- favores que Alfred le debía y que lejos de agradecerle, no -- digamos ya de pagarle, olvidaba por completo. Y Oscar conta -- ba en libras esterlinas todo lo que había gastado en los -- años en su amistad con él. Sin tener la calma suficiente pa -- ra analizar su situación actual y descubrir las fuerzas -- verdaderas que lo habían arrojado en ella, Oscar Wilde se -- concretaba a poner toda la culpa en una sola persona: Lord -- Alfred Douglas, un joven que tenía la mitad de la edad que -- él. Y prefería no recordar que Douglas había aparecido en -- su vida cuando él tenía ya bien trazado el peligroso camino -- que iba a seguir. Y que en realidad, había aceptado la amig -- tad de Douglas porque éste había muy bien dentro de su fi -- losofía de la vida. Más aún, que habiendo encontrado plena -- satisfacción física en Alfred, todos sus deseos oprimidos -- habían encontrado salida, dejándolo libre para dedicarse -- a su obra. Entonces había surgido su teatro, tan lleno de -- humor y ligereza. Y la ligereza, cualidad máxima de sus co -- medias era una cualidad que provenía de Douglas. Pero Oscar -- olvidaba esto. En la prisión la ligereza le parecía como el -- más terrible de los defectos humanos, un defecto firmemente -- arraigado en Lord Alfred. Y Oscar se lo reprochaba. Sin la -- influencia de Douglas, Oscar tenía la tendencia de escri -- bir cosas diferentes, como "Salomé", "La Tragedia Florentina" -- y "La Santa Cortesana". Lord Alfred Douglas le había -- servido como modelo para su teatro de maneras. Y porque en -- la cárcel le parecía tan extraño que su discípulo siguiese -- practicando la filosofía que él mismo le había enseñado? -- Podía muy bien haber estado orgulloso del aprovechamiento -- del muchacho! Pero porque le era tan difícil comprender que -- la realidad seguía siendo para Alfred tan repugnante como -- había sido para él mismo?

Solo ya, con el fracaso de su filosofía en las manos, -- sin siquiera poder sustituir con la imaginación el mundo -- actual por el más brillante mundo que él había conocido, y -- menos sin crear otro nuevo, Oscar se resignaba tristemente. -- El rey del placer se veía vencido por el dolor. Y el dolor -- venía a él como toda una revelación. Algunas veces creía -- encontrar en él plena satisfacción. Entonces elevaba sus -- palabras llenas de elocuencia. Y las volvía a repetir como -- queriéndose convencer de la verdad de ellas... pero era un -- poco tarde para aprender.... carecía del vigor necesario pa -- ra encender su bujía de nuevo. Mas bien, ya no tenía bujía -- que encender.

Al salir de la prisión, con ropa regalada por sus -- amigos, la incertidumbre lo condujo a ver al Rev. padre Se -- bastián Bowden. Contrario a muchos otros pensadores y artis -- tas que pasan años en la cárcel afirmando sus ideas y luchan

do por ellas, Oscar Wilde, debido a la fragilidad de las suyas, se encontró vacío. En los últimos meses de su estancia en Reading Goal se lo había permitido tener lápiz y papel para escribir, pero fuera de la carta que escribiera a Douglas y otras a Robert Ross, no llegó a serenarse lo suficiente -- para reanudar su obra interrumpida. Otros con ideas más bien cimentadas aprovechan la soledad de la prisión para reconcentrarse mejor y como resultado se escriben obras magníficas, como "Mi Vida", de Leon Trotsky. Este, en ocasiones, burlándose de la estricta vigilancia en que lo tenían, hacía tinteros de migajón de pan y escribía con leche. Oscar Wilde, débil como un niño, sucumbió ante la realidad a pesar de que su filosofía estaba basada en la mentira, y en todo caso le hubiera ayudado a sobrellevar su pena, y como el prisionero de la cárcel de Chillon de Byron, se hubiera podido crear un mundo menos amargo con su imaginación.

Naturalmente que al Rev. padre Sebastián Bowden no pudo hacer nada por Oscar Wilde. Las ceremonias ya no lo atraían.

CAPIULO X.

SEBASTIAN MELMOTH.

Al nordeste de Dieppe en la pequeña aldea de Berneval-surmer, la tranquilidad se rompe en la primavera. Se borran los colores monótonos del invierno y surgen los nuevos. Estos parecen traer consigo la actividad. Con la misma energía que la savia sube de nuevo a los árboles y los reverdece, así la gente sale de sus casas e invade las praderas. Luego, a medida que la gente se acostumbra al cambio, la calma vuelve a la atmósfera y las miradas tornan de los árboles al mar: y el -- mar, con su movimiento eterno, las detiene.

En el mes de mayo de 1897 llegó a esa aldea un extranjero. Era alto, robusto y de mirada sosegada, y a veces triste. Respondía al nombre de Sebastián Melmoth. Con su llegada la quietud se interrumpió. En los ojos de los aldeanos apareció la curiosidad. Por lo regular los forasteros permanecían en Dieppe, y sólo ocasionalmente llegaban hasta Berneval-surmer. Y hubo gran sorpresa cuando, a los pocos días de su estancia, el extranjero rentaba el Chalet Bourget y se instalaba en él. Seguramente pensaba quedarse indefinidamente.

A Sebastián Melmoth le parecía que Berneval-surmer -- era el mejor lugar para empezar su vida de nuevo. Y al efecto escribía a Robert Ross, su fiel amigo desde que lo enviaron a prisión. Si. Quería permanecer en Berneval-surmer. En qué otro sitio podía encontrar la paz deseada? Ahí, entre la gente sencilla, y el sol, veía a tener la energía necesaria para continuar su obra artística. El ambiente invitaba a ello. Sin embargo, todavía los recuerdos lo amargaban. Sólo que -- ahora eran los recuerdos de su existencia en Reading Goal. Los presidiarios con sus trágicos uniformes a rayas desfilaban sin

cesar; sus imágenes estaban grabadas en su cerebro firmemente. Oscar los compadecía. Con el objeto de ayudarlos escribía cartas a periódicos ingleses protestando en contra de la crueldad del sistema de cárceles en Inglaterra. Como consecuencia se habían hecho algunas reformas en los reglamentos de ellas. También Oscar solía mandar dinero a los más necesitados. Esta nueva piedad de Oscar Wilde encontró magnífica expresión en una balada que escribió: "La balada de la cárcel de Reading". Para muchos es la mejor balada que jamás se haya escrito en lengua inglesa. En ella se observa a maravilla -- su nuevo estado psíquico. "En parte es realista, en parte -- romántica; en parte poema, en parte propaganda". (1) Y Oscar se daba cuenta de este defecto. Pero no podía hacer nada para darle unidad. Si para algunos la mezcla de ideas es una forma de incoherencia, en este caso en particular parece ser una ventaja. Se observa y se siente el esfuerzo del autor al querer injertar en el público, la compasión.

Durante la primavera y el verano Oscar había pasado -- los días junto al mar, bañándose y descansando. Sus deseos -- habían sido de empezar una vida nueva. No sabía exactamente cómo, pero estaba decidido a poner todo lo que estuviera de su parte para romper con la vida de placeres que llevara antes de que entrara en la prisión. No sentía grandes impulsos de escribir, pero creía que con el tiempo esto cambiaría. Sin duda podría crear algunas comedias y recuperar un lugar digno en la sociedad. Pero las pocas veces que procuraba ordenar sus ideas, fracasaba. Entonces, sabiendo que era inútil seguir intentándolo, se dedicaba a otras actividades que requerían menos esfuerzo. Muy a menudo recibía visitas y con ellas pasaba el tiempo agradablemente. André Gide fué uno de -- los primeros en visitarlo. Lo encontró muy diferente a aquel Wilde que años antes había triunfado en Londres. Oscar ya -- no hablaba del placer, ni de la mentira, ni de los innumerables defectos de la naturaleza, ni de la vida como imitadora del arte. Callaba. El dolor lo tenía conmovido. Sólo abría los labios para decir: "Los escritores rusos son extraordinarios. Lo que hace a sus libros grandes es la piedad que -- han puesto en ellos." Y añadía: "Al principio me gustaba -- "Madame Bovary"; pero Flaubert no ha querido poner piedad -- en su obra, y por eso tiene un aire mezquino, cerrado; la -- piedad es el costado por donde se abre una obra, por donde -- ella parece infinita." (2) Qué opinión podría Oscar tener, -- ahora, de su obra artíficosa y de la filosofía de la mentira? De un polo había crumado al opuesto. Sólo que en el trayecto había perdido el equilibrio. Jamás pudo coordinar el -- pasado con el presente. Jamás pudo continuar su obra literaria. Pero Wilde no podía sostener esa actitud de piedad por -- mucho tiempo. En su mente las ideas nuevas no habían tomado -- fuerza. Y su corazón estaba vacío. Más fuerte que su nueva -- compasión era el recuerdo del otro mundo alegre que él había conocido. Al llegar al otoño Oscar se vio precisado a suspender sus paseos. Los días antes calurosos, eran fríos y húmedos. El viento soplabá a menudo. La única distracción que --

tenía era la de escribir cartas. El mal tiempo impedía que sus amigos lo visitasen. A Robert Ross le enviaba una casi a diario. A Lord Alfred Douglas ni una. Pero de Douglas recibía numerosos mensajes. Y estos mensajes eran leídos cada vez con menos rencor. Oscar atribuía esto a su nueva piedad. Mas cuando los días empezaron a hacerse más largos y fríos, se hizo muy triste su estancia en Berneval. Las cartas de Douglas le daban a diario invitándolo a reunirse con él de nuevo. Con esto dió principio una lucha en el interior de Oscar Wilde. Una lucha que duró muy pocos días. Porque permanecer solo en el frío cuando se le brindaba amor desde regiones donde siempre había sol? Qué podía él perder al aceptar ese cariño? En cambio había grandes promesas al lado de Alfred Douglas. Y su debilidad triunfó. Y Wilde supo que la piedad no había tomado parte en su decisión.

Se reunió con Douglas en Nápoles. Rentaron una pequeña villa en donde vivieron contentos los primeros días. Por momentos Wilde llegó a creer en la posibilidad de continuar su interrumpida obra literaria. Estaba ocupado corrigiendo "La balada de la cárcel de Reading" para publicación, y Douglas le ayudaba. Y aunque el último no simpatizaba con el sentido hondamente humano del poema, hacía todo lo posible por mostrarse cuando menos paciente. Hubiera preferido que Wilde escribiese una comedia. Una de aquellas comedias que lo divertirían tanto. Y frecuentemente hacía a Wilde indicaciones en este sentido. Wilde hubiera querido complacerlo. Había vuelto a Douglas con la esperanza de reenudar el pasado. En su desesperado intento Oscar cerraba los ojos. No se daba cuenta de la imposibilidad de llevar a cabo su deseo. El dolor había dejado un sabor amargo en su boca que le impedía reír. Douglas no comprendía esto. Ni Oscar podía explicárselo. Estaban en caminos distintos. Pero Oscar no tenía ánimo para seguir el suyo. Y todos los esfuerzos que hacía para reconciliarse con su antigua filosofía, fracasaban. Y torpemente se obstinaba a aceptar este nuevo hecho. Se obstinaba a aceptar el presente. Si hubiera tenido una voluntad menos débil es probable que hubiera podido continuar su trabajo artístico. "La balada de la cárcel de Reading" había sido un excelente principio. Pero no. Oscar ineffectivamente quería huir de la realidad. Y en su desesperación caía en el peor refugio: Lord Alfred Douglas.

Como era de esperarse Douglas y Wilde no pudieron vivir juntos por mucho tiempo. Había grandes diferencias en su modo de ser, y de pensar. Alfred todavía era egoísta e impetuoso, y afirmaba que el placer era lo mejor del mundo. Oscar era tolebrante y humilde, y sostenía que el sufrimiento era la máxima experiencia humana. Es cierto que aún conservaba un humor delicado, pero su risa se convertía con frecuencia en mueca trágica, desagradable del todo para Lord Alfred Douglas. Pero había además un factor decisivo que contribuía a su separación: la escasez de recursos para vivir.

Wilde tenía poco dinero. Douglas nada. Y éste recibía cartas de su madre ofreciéndole bienestar económico si al punto abandonaba a Oscar Wilde. Para Alfred el seguir los consejos de la marquesa de Queensberry era cosa fácil. Lejos de implicar un sacrificio, le proporcionaría un anhelado descanso. Usando su amor filiar como pretexto, abandonó a Wilde un día, después de uno de los innumerables disgustos que solían tener.

Y pasó mucho tiempo antes de que Oscar Wilde pudiera encontrar un motivo para vivir. Si en la cárcel de Reading, sus pasos eran vacilantes, cuando menos habían seguido una ruta precisa. También, entonces había tenido la esperanza de ser libre. Ahora todo había terminado. Iba de un lugar a otro sin dirección alguna, ignorando lo que hacía. La indiferencia lo dominaba. Lo era lo mismo estar en Roma que en París o en Ginebra. Todo era igual. Todo monótono. Frank Harris lo invitó a pasar un mes con él en la costa al sur de Francia, en el mediterráneo. Wilde, aceptó. Porqué no? Ante todo quería distraer su atención de sí mismo. En otras épocas había sentido un vivo interés por toda su persona, admirándola siempre.

Ahora deseaba olvidarla. Pero rara vez conseguía su fin. Todavía hablaba con agilidad, y aún llegaba a relatar anécdotas graciosas. Sin embargo la espontaneidad había desaparecido. Para compensar las atenciones que Harris le mostraba, Wilde se esforzaba en aparecer alegre. En vano. Ya no podía actuar. Debido a la insistencia de Frank había intentado escribir de nuevo sin conseguirlo. Sólo Ross, su amigo porvenir, lo comprendía. Y a él le decía Oscar: "Ya no tengo porvenir, mi querido Robbie. No creo que pueda pensar en una reconstrucción espiritual. Tengo momentos y deseos: y el amor, o mas bien, la pasión con máscara de amor es mi único consuelo". (3) En realidad, no tenía ya porvenir. Sólo tenía pasado. Su mente estaba deshecha. Y su cuerpo se debilitaba día a día por el uso excesivo del alcohol.

Varios escritores que lo habían conocido en sus días de gloria le negaban el saludo. Mismo André Gide se sentía avergonzado al encontrárselo: Una vez cuando Gide caminaba distraídamente por las calles de París con un amigo suyo, advirtió que alguien lo llamaba. Era Oscar Wilde. Cortesmente le presentó a su amigo, y a invitación de Oscar se sentaron a tomar café. Entonces Wilde, notando la turbación de Gide, relató como cuando él era el ídolo de Londres, en una de sus visitas a París, se había encontrado a Verlaine. Lejos de parecerle indigno, se había sentado al lado del poeta simbolista, pasando una de las tardes más agradables de su vida. Al escuchar esto Gide tosía, y después de hacer una pequeña pausa se levantó. Oscar, entonces, le pidió una palabra a solas. No tenía dinero para pagar por el café consumido. Pero afortunadamente no todas las personas que Oscar conocía se comportaban como André Gide. Había otras que, como Robert --

Ross, lo ayudaban continuamente. El señor Dupiner, propietario del hotel en donde Wilde estaba instalado desde hacía tiempo, se esmeraba en servirlo sabiendo que no recibiría otro pago que la gratitud de su inquilino. Con frecuencia aconsejaba a Wilde que dejara de beber alcohol. En los últimos días el señor Dupiner notaba que Oscar empezaba a padecer físicamente. Y en realidad, aquella enfermedad que Oscar había sufrido en Oxford volvía a molestarlo. Pero Wilde no se cuidaba de ella. En el otoño de ese año, 1900, Wilde cayó en cama a consecuencia. Su amigo Reginald Turner fué a su lado inmediatamente. Robert Ross estaba imposibilitado de acompañarlo debido a que su madre también estaba delicada de salud y lo necesitaba. Turner pasó varios días con Wilde sin observar cambio alguno. En el mes de noviembre su estado se agravó. Entonces Ross, después de recibir un telegrama, fué a verlo. Wilde ya no podía hablar, pero le estrechó la mano. Era la última vez que lo haría. Esa mañana los médicos que lo atendían, después de sostener una junta, habían dicho que viviría unas horas solamente. Al día siguiente murió. Eran las dos de la tarde.

VIII-12-41.

Emma Sánchez Montcalvo.

CITAS.

Capítulo I, página 1.

- (1) "Oscar Wilde" por Boris Brasol, página 16.
- (2) "Oscar Wilde" por Frances Winwar, página 3.
- (3) "Memorias of Oscar Wilde" por Bernard Shaw página 91
- (4) "Oscar Wilde" por Boris Brasol, Página 14.

Capítulo II, página 5.

- (1) "The Best Known Works of Oscar Wilde" Vol. I, página 76.
- (2) "Oscar Wilde" por Boris Brasol, página 32.
- (3) "Oscar Wilde" por Frank Harris, Vol. I, página 41.
- (4) (5) "The Cambridge History of English Literature" Vol. XIV. página 426.
- (6) "Oscar Wilde" por Boris Brasol, página 38.
- (7) "Oscar Wilde" por Frances Winwar, página 32.
- (8) (9) "Oscar Wilde" por Frank Harris, Vol. I, Págs. 47 y 51.

Capítulo III, página 11.

- (1) (2) "The Best Known Works of Oscar Wilde" Vol. I pags. 101 y 80.
- (3) "Oscar Wilde" por Frances Winwar, página 73.

Capítulo IV, página 17.

- (1) "Oscar Wilde" por Frances Winwar, página 113.
- (2) "Oscar Wilde" por Frank Harris, Vol. I, página 64.
- (3) Reproducción de una carta de Oscar Wilde tomada de una copia fotostática publicada por Boris Brasol en su libro sobre Oscar Wilde, Página 164.

Capítulo V, página 23.

- (1) (2) Del artículo "Regaines" de Oscar Wilde, publicado -- en parte por Boris Brasol en su libro, "Oscar Wilde" -- página 151.

Capítulo VI, página 26.

- (1) "Oscar Wilde" por Frank Harris, Vol. I, página 98.
- (2) "La Evolución de la sexualidad y los estados intersexuales" por G. Marañón, Página 147.
- (3) Reproducción de una carta de Wilde a Sarah Bernhardt. - "Oscar Wilde" por Boris Brasol, página 168.
- (4) "Modernismo y modernistas" por Santiago Arguello, página 76.
- (5) "The Best Known Works of Oscar Wilde" Vol. VI página 596.
- (6) "Oscar Wilde" por Frank Harris Vol. I, página 153.

Capítulo VII, página 36.

- (1) "Oscar Wilde" por Frances Winwar, página 174.
- (2) "Oscar Wilde" por Boris Brisol, página 231.
- (3) "Oscar Wilde" por Boris Brisol, página 228.
- (4) (5) "Oscar Wilde" por Frances Winwar, página 190.

Capítulo VIII, página 41.

- (1) "Oscar Wilde" por Boris Brisol, página 223.
- (2) "Oscar Wilde" por Boris Brisol, página 221.
- (3) "Oscar Wilde" por Frank Harris, página 129.
- (4) "Un marido ideal" por Oscar Wilde, primer acto.
- (5) "Una mujer sin importancia" por Oscar Wilde, segundo acto.
- (6) "Un marido ideal" por Oscar Wilde, primer acto.
- (7) "Un marido ideal" por Oscar Wilde, primer acto.
- (8) "Una mujer sin importancia" por Oscar Wilde, primer acto.
- (9) "Una mujer sin importancia" por Oscar Wilde, tercer acto.
- (10) (11) "Una mujer sin importancia", por Oscar Wilde, tercer acto.

Capítulo IX, página 50.

- (1) (2) "Oscar Wilde" por Frank Harris, Vol. I, página 208.

Capítulo X, página 55

- (1) Carta de Oscar Wilde a Robert Ross fechada en Posilippo, 8 de octubre de 1897, Publicada en "Epistolario Inédito", Bib-lioteca Nueva, Madrid, 1929.
- (2) "Oscar Wilde" por André Gide, página 62.
- (3) Carta de Oscar Wilde a Robert Ross fechada en Paris el 3 de diciembre de 1898. "Epistolario Inédito" 1929.



BIBLIOGRAFIA.

Baeza, Ricardo, Introducción y anotaciones al "Epistolario Inédito" Biblioteca Nueva, Madrid, 1929.

Brasol, Bors, "Oscar Wilde; the Man, the Artist, the Martyr", Charles Scribner, New York, 1938.

Brémot, A., "Oscar Wilde and his Mother", London 1911.

Chesterton, G.K., "The Victorian Age in Literature", Thornton Butterworth, London, 1935.

Douglas, L.A., "My Friendship with Oscar Wilde", New York, 1932.

Flaubert, Gustave, "Hérodias", Nelson Editeurs, Paris.

Gide, André, "Corydon", Editorial Lozada, S.A. Buenos Aires, 1938.

"In Memorium" (souvenirs), Paris, Rue Conde XXVI.

"Oscar Wilde", Editorial Cultura, Santiago de Chile, 1954.

"Si le grain ne meurt", Paris, 1928.

Gosse, Edmund, "A Short History of Modern English Literature", London, 1903.

Greenlaw-Stratton, "Literature and Life" Vol. IV. Foresman and Co. New York, 1924.

Harris, Frank, "Oscar Wilde; his life and confessions" 2 Vols., - publicado por el autor, New York City, 1918.

Jung, C.G., "Psychological Types", New York, 1924.

Macaulay, G., "History of England", London, 1929.

Marañón G., "La evolución de la sexualidad y los estados intersexuales", Javier Morales, Madrid, 1930.

Maurois, André, "History of England", Empresa Letras, Santiago de Chile, 1937.

Patterson, R. F. "Six Centuries of English Literature", Blackie and Son, Glasgow, 1933.

Rocker, Rodolf, "Artistas y Rebeldes", Argonauta, Buenos Aires, - 1932.

Shaw, Bernard, "Memories of Oscar Wilde", Frank Harris, New York - City 1918.

Sherard, R.H., "Bernard Shaw, Frank Harris and Oscar Wilde", Grey-stone Press, New York, 1937.

Verlaine, Paul, "Oeuvres Complètes" 3 Vols. Paris 1900.

Ward and Walker, "The Cambridge History of English Literature", Cambridge United Press, 1932.

Wilde, Oscar, "Epistolario Inédito", Biblioteca Nueva, Madrid 1929.

"Intenciones", Biblioteca Nueva, Madrid 1929.

"La Tragedia de mi vida", Biblioteca Nueva 1929.

"The Best Known Works of Oscar Wilde" 5 Vols.- Cornwell Press, New York, 1927.

"Pluma Lápiz y Veneno y otras prosas", Biblioteca Nueva, Madrid, 1929.

"Duquesa de Padua", Biblioteca Nueva, Madrid, 1929.

"After Berneval: Letters of Oscar Wilde to Robert Ross". Beaumont Press, 1922.

Williamson, J.A. "The Evolution of English", Clarendon Press, 1931.

Winwar, Frances, "Oscar Wilde and the Yellow Nineties", Harper and Brothers, New York and London, 1940.

Zweig, Stefan, "Confusión de sentimientos", Editorial Cultura, - Santiago de Chile, 1954.